

brary System  
of Wisconsin - Madison  
Street  
WI 53706-1494  
TY  
OF  
14101937  
WISCONSIN  
LIBRARY

MELILLA  
RECUERDOS  
DE MI ESTANCIA EN LA PLAZA AFRICANA  
POR  
Teodoro F, de Cuevas y de Ramón  
CAPITAN DE INFANTERÍA.  
1907  
TIP. DE EL TELEGRAMA DEL RIF.  
Iglesia, 2.  
MELILLA.

General Libre  
University of V  
728 State Brest  
Madison, W. 5.  
U.S.A.

mem  
-DT  
329  
my  
R36  
1907  
5612803  
Al Excmo. Sr.  
Don Amós Salvador.  
No es la materialidad de este libro,  
que poco  
vale por  
todos estilos, lo que  
me atrevo á ofrecer á V. E., es sí, la ex-  
presión del más respetuoso afecto, que  
profesa su muy agradecido,  
le  
Feodoro J. de Cuevas.  
Melilla Diciembre 1907

PRIMERA PARTE  
MELILLA.

A  
amigo  
et mi muy querido  
comp: de campaña, el tte D. Foli

Corrales Delecto, recuerdo afecturo  
de verdadera misted

y

V S V S N N N SUUNSUSVVS

mille 25-8-90%.

POR SI SE LEE

Empiezo la tarea de trasladar al papel mis im-  
presiones de Africa, cuando van transcurridos mu-  
chos meses de mi llegada á Melilla y cuando por con-  
siguiente, tienen que haber perdido mucho del brillo y  
del color natural, las imágenes grabadas en mi ima-  
ginación en los primeros días de estancia en esta  
plaza africana, mezcla hoy de ciudad comercial y de  
plaza fuerte, aunque aún no hace excesivo número  
de años solo fortaleza.

.

Sin embargo, fué tal la fuerza con que aquellas  
imágenes á que antes me refiero, se grabaron en mi  
memoria, por su carácter tan especial y tan nuevo  
para mí; y están tan recientes mis principales y más  
importantes recuerdos, en cuanto al modo especial de  
ser y al carácter semi-salvaje de los moros de las ve-  
cinas kábilas del Rif, que aún á trueque de que, co-  
mo temo, pierda mi tiempo y mi no muy valioso tra-  
bajo, no he vacilado en trasladar al papel, cuanto me  
ha hecho pensar y sentir en esta tierra, á la que po-  
co á poco he ido aficionándome,

-

-

6

Ni aún sé para que escribo, puesto que ni esperan-  
zas ni anhelos tengo, de dar estas cuartillas á la im-  
prenta.

¿Para qué las escribo entonces?...

Ni yo mismo acierto á explicármelo.

Tal vez solo por gozar á solas, recordando las pe-  
ripecias no muy comunes en la Península, que du-  
rante mi estancia en Melilla me han ocurrido.

Es cierto que no todas, casi ninguna desgracia-  
damente, han sido buenas, pero en cambio y por eso  
precisamente, las pocas que de esta clase puedo ano-  
tar, producen mayor deleite en mi ánimo.

Cuéntanse entre ellas, las escapatorias que he hecho,  
al vecino campo marroquí y que precisamente por  
el

peligro que corría, eran de mi mayor agrado; y el  
estudio no muy profundo, que del carácter, costum-  
bres, política, etc. morunos, he realizado en mi cons-  
tante trato con los naturales, cultivado por todos  
los medios imaginables en mi afán de conocerlos á  
fondo, lo cual no creo haber conseguido, por ser sola-  
pados y no muy amigos de la verdad y mostrarse co-  
mo tales en nuestro campo, aun cuando luego en el

suyo finjan á veces no conocernos.

De todo he encontrado, sin embargo, entre ellos, y no he de dejar pasar la ocasión, sin hacer mención especial del moro Mohamed-Ben-Mohamed, el cual ha sido para mí un amigo cariñoso, al que debo la satisfacción de mi curiosidad en gran número de las ceremonias de la religión mahometana, que tenía deseos de presenciar por mí mismo; deseos que vi realiza-

-

7

dos, gracias á su verdadero cariño, con exposición de sus intereses y tal vez de su seguridad personal. Pertenece este moro á la kábila de Benisicar, próxima á nuestra plaza, á la que viene con mucha frecuencia, sin dejar de pasar nunca por mi casa, en la que entra con gran confianza, para saludarme.

Aunque dicha kabila es la más fuerte y guerrera de las de Guelaia, es también la más noble y aborrece á su vecina Frajana, parte de la cual está hoy refugiada en nuestro campo, y á la que tachan de cobarde, ladrona y poco formal en sus tratos.

Es Mohamed, hombre de unos treinta y dos años, musculoso, aunque no corpulento, de color fuertemente tostado por el sol, y viste chilaba parda, fabricada por el mismo, pues es sastre; turbante de cuerdas de pelo de camello y las indispensables babuchas amarillas, en las que se introduce el pié descalzo, quedando al aire la pierna hasta la rodilla. Su mirar es tranquilo y dulce, aunque no exento de altivez y en el fondo de aquellos ojos claros, se lee la tranquilidad de conciencia que dá una honrada pobreza, pues sólo vive de los productos poco abundantes de una pequeña huerta y de la costura de jaiques y chilabas que fabrica como antes digo por ser sastre, consistiendo su especialidad en los primorosos dibujos arabescos, que ostentan las prendas exteriores y que hace valiéndose de pequeños trozos de pleita á los que se atan las sedas de colores, faena en que le ayuda su mujer.

-Yo estar como hermano tuyo-me há repetido en diferentes ocasiones, y conociendo yó como lo conozco,

el carácter egoísta é interesado del moro, traté de ponerle á prueba en diferentes ocasiones, de la que siempre salió airoso.

Una vez fué un precioso borriquillo, que le entregué confiadamente para que lo vendiese, no creyendo volver á ver ni al burro, ni su importe; otra la entrega de cien pesetas para adquirir granos y por último ¡la grán tentación! el préstamo para asistir dignamente á la boda de un su hermano, de una magnífica pistola Mauser, con su correspondiente dotación de cartuchos.

Esta fué la prueba definitiva, y confieso franca-

mente que cuando la hice, aunque no dejaba de experimentar cierto temor, hubiese sufrido un doloroso desengaño, de salir fallida.

No fué así por fortuna y la pistola volvió incólume como volvieron el importe del asno y las cien pesetas, cumpliendo él su compromiso, como había cumplido los anteriores; y ha de tenerse en cuenta, la codicia que todo moro siente hacia un arma de fuego por inferior que sea, y que mi amigo carece de ellas, debido á su pobreza.

Pues bien, á este hombre, al cual en adelante pude confiarme por completo, debo el haber presenciado ceremonias y costumbres curiosas, no presenciadas en estos campos por muchos europeos y que yo tenía verdadero interés por conocer.

Por esta circunstancia, he hablado tal vez demasiado de mi buen amigo Mohamed, tan pobre como fiel,

9

pero no he querido dejar de tributarle el homenaje que su lealtad merece.

No he de detenerme más en estos preliminares, para entrar de lleno en la descripción de las costumbres por mí observadas, aunque sin profundizar gran cosa, pues como antes digo, solo á título de curiosidad las escribo y muy principalmente para que mis hijos puedan el día de mañana, cuando por el Rif sea dable transitar libremente, si esto llega á conseguirse alguna vez, comparar la enorme diferencia que existe entre la sensación sentida ante un país explorado y familiar y la sensación atractiva y misteriosa producida por ese mismo país, habitado por tribus casi salvajes y la entrada en el cual nos está prohibida, cuando penetramos ese misterio y tal vez con grave riesgo, pisamos aquello que nos está vedado.

¿Tendrá sin embargo algún día lectores extraños este humilde trabajo mio? Si así fuese, me encomiendo á su benevolencia, puesto que ellos no han de leerlo con la buena voluntad que el cariño engendra.

Tengan presente, que traslado al papel mis impresiones, tal como las he sentido, sin adornos que las engalanen ni vestiduras que las cubran y que no he tratado de hacer una obra profunda y trascendental, sino una relación sin pretensiones, de las costumbres por mí observadas.

En este solo concepto las escribo.

Ceodoro F. de Cuevas.

Melilla 11 Octubre 1905.

2

«SSSSSSSSSSSSSS+

Delle

Camino de Melill

ve trou

1

Mi salida de Madrid Informes contradictorios.--Impresiones de viaje.--En Málaga.--  
A borde de Ciudad de Mahón,,--¡En Melilla!

Salí de Madrid cuando se venía encima el invierno, después, de infinitas preguntas á los que en Melilla habían estado, del modo de ser, condiciones generales, género de vida y demás circunstancias especiales de la plaza.

Unos me pintaban esta como un verdadero presidio, de constantes peligros venidos de fuera y de dentro; tal me decía que se vivía de valde y cual que no podría salir extramuros sin grave riesgo de la vida. Unos me decían que ésta, en Melilla, era un verdadero paraíso y otros que se vivía en un continuo sobresalto, pintándome terroríficos destacamentos nocturnos en fortalezas, en que para eterno escarmiento, yacía enterrada una guardia

12

1

que se dejó sorprender por los moros, según atestiguaba marmórea lápida (1).

En estas condiciones, con la tristeza de abandonar á Madrid, población para mi tan querida, y no muy abundante yo de recursos, abandoné la corte una noche de Octubre, después de dirigir una postrer mirada preñada de lágrimas á aquellos paseos y

edificaciones que tan familiares me eran.

Encerrado en un coche de segunda, polvoriento é incómodo como todos los de nuestros ferrocarriles, traté de acomodarme lo mejor que pude con mi numerosa familia, pero el llanto de los chiquillos, el excesivo número de viajeros y la horrible balumba de cajas, bultos, sombrereras y mil envoltorios no muy fáciles de describir, habían hecho huir la comodidad de aquel estrecho recinto.

Violentas transiciones de frío insoportable y de horroroso calor, tuve que sufrir durante las veinte y pico de horas que se tarda en recorrer el trayecto hasta Málaga y ya se iba apoderando de mi

ánimo la desesperación más profunda, cuando vino

(1) Esta narración es cierta. En el fuerte de San Miguel fué sorprendida muchísimos años há. una guardia de veinticinco hombres, un oficial y un corneta. Todos fueron muertos por la morisma, exceptuando el corneta, que se dió á la fuga y fué fusilado.

Los cadáveres de la tropa se arrojaron insepultos en una especie de desván,cuya puerta no ha vuelto á abrirse; y el oficial enterrado en la pared, colocándose una piedra de mármol, en la que están esculpidos cuantos objetos llevaba sobre sí.

13

á distraer mi imaginación la hermosura del panorama.

No recuerdo haber visto otro más pintoresco, ni decoración más sublimemente hermosa, que los que se desarrollan en las proximidades de Málaga, bien llamada la bella, por su campo, ya que no por la hermosura de su población.

Al correr del tren, aparecieron ante mi vista anchurosos horizontes ligeramente accidentados, en los que las casitas blancas hacían resaltar su brillo entre el oscuro verdor de los olivos, los naranjos y los granados moteados de rojo. Poco elevadas eminencias eran asiento de animados cortijos, en dirección de los cuales veía yo encaminarse las reuas de robustos mulos que arrastraban los aperos y sobre los que mocetones no menos robustos, canturreaban acompañados por la cadencia de las colleras, amorosas canciones andaluzas, en las que no puede concebirse el amor sin los celos, las muertes y las negruras de una cárcel, fenómeno muy explicable si se tiene en cuenta que la sangre ha de bullir necesariamente ardorosa, bajo aquel sol luminoso y abrasador y que por fuerza ha de venirse á la mente del campesino el terror á la pérdida de la libertad, tan amable siempre, y mucho más aun, en tan hermosos campos.

Corría el tren, y de estación en estación hacía-se más accidentado el terreno; las ondulaciones se acentúan rápidamente y allá en lontananza, en el fondo de tan espléndida decoración, las elevadas

--

14

cumbres de la sierra cubiertas de verdor oscuro, sirve de fondo al accidentado suelo, también cubierto de verdor, aunque más claro y matizado por manchas de todos los colores del iris.

Encendiéronse en una parada las luces del vagón, aunque aún faltaba para la puesta del sol y al salir el tren de agujas, nos explicamos aquella prematura iluminación; el convoy entraba en un tunel interminable abierto en elevada montaña.

A partir de aquel momento todo son túneles y tajos, interminables los unos, profundísimos los otros con profundidad de sima, que hacen retirar la cabeza de la ventanilla, bajo la terrible impresión del vértigo.

Ya se paraba el tren en una diminuta estación emplazada como un nido de águilas entre dos túneles, al borde de un precipicio por el fondo del cual corre cristalino arroyuelo, que mantiene siempre verde la exuberante vegetación del monte, ya

entraba en un boquete abierto en las entrañas de aquellas lomas, y en el centro del cual, una tenue claridad parece indicar su terminación; no es así, la claridad se cuele por una grieta denominada gráficamente «el salto del diablo», que produce una impresión de temor.

Entre lajas de gran espesor se hunde la grieta á muchos, muchísimos metros, y allá en el fondo corre rumorosa el agua en estrecho cauce que bordea una vereda más estrecha aún.

Por aquel camino vemos cruzar unas diminutas

—

15

-

figurillas; son los labradores que se encaminan al cortijo.

Poco a poco van alejándose las montañas; los relieves se suavizan rápidamente y vuelven á aparecer las casitas blancas entre el verdor de los árboles siempre en flor.

El aroma es fragante; el azahar exhala su poético y penetrante perfume, que unido al de los demás frutales, produce una sensación agradable, deleitosa, solo sentida en los hermosos campos andaluces, y al rodar del tren ya cerca del oscurecer, se ven aumentar los grupos de labradores, que canturreando á media voz canciones andaluzas de amores siempre contrariados, se dirijen á las aldeas ó á los caseríos.

Ya se vé el mar allá á lo lejos como mancha grisásea que separa el cielo de la tierra; el número de blancas casitas aumenta poco a poco; se ven huertas que prometen agradables frutos, las casas de labor van convirtiéndose en fincas de recreo de las cuales salen á saludar al tren elegantísimas muchachas y jóvenes ellos, no menos elegantes, que con sus trajes de irreprochable corte, nos anuncian la proximidad de la inglesada Málaga, haciendo perder su poesía al hermoso campo.

El tren acelera su marcha al notar cercano el fin de la jornada, y ya oscuro penetra rápidamente bajo la bóveda de cristales de la estación.

Las voces de los empleados de los hoteles y de los conductores de vehículos me vuelven á la tris-

16

—

te realidad, semi-borrando en mi alma el encanto del hermoso campo malagueño, que ha pasado ante mi vista como la cinta de un cinematógrafo.

No conozco á Málaga y me entrego en manos de uno de aquellos dependientes de fonda, tan desconocido para mí como Málaga, y al que miro ya

como á un enemigo. El hará de mi molida persona lo que mejor le plazca.

¡Dios quiera que haya tropezado con la excepción; con la rara avis: con el gancho de fonda honrado!

Al salir del anden, montamos en un coche que proporcionó nuestro guía y en el cual hubimos de acomodarnos como sardinas en banasta.

Al estríbo, situado en la trasera, iba el guía de referencia, hombre flacucho y desmedrado, de largo gabán con cuello de terciopelo color caramelo y que sin haberme visto jamás, sabía mi nombre y apellidos, cuerpo en que iba á servir y demás menudencias.

Según he sabido después, le pasa lo propio con cuantos vienen destinados á Melilla, gracias al Diario Oficial del Ministerio de la Guerra y á las armas que atravesadas en el rollo de mantas, denuncian al oficial.

Atravesó el vehículo el puesto de consumos, en que con groseras frases fué registrado sin miramiento alguno nuestro equipaje y seguimos nuestra marcha, por una ancha avenida, más de pueblo que de ciudad, en que abundan las posadas de ru-

-

17

ral aspecto, los herraderos y paradores de carros. Entramos luego en un hermoso paseo, ámplio y adornado de elevados y copudos árboles, seguimos á todo lo largo de una hermosísima calle, la de Larios, y fuimos á detenernos, en una extensa y bien alumbrada plaza, que con otras dos ó tres calles modernas, constituyen lo único bien organizado de la ciudad andaluza, pues se dá el caso, de que de la mejor y más céntrica de las calles, de la de Larios, parten inmundos y mal olientes callejones. A pocos pasos de la plaza donde se detuvo el vehículo que nos conducía, está situado el establecimiento á donde tuvo á bien conducirnos nuestro acompañante; y aunque aquella noche no pude darme exacta cuenta de donde me hallaba, pues el movimiento del largo viaje me hizo cojer el sueño muy poco después de la llegada, no pudo éste prolongarse mucho más allá del amanecer, por haberlo ahuyentado, el vocerío y el ir y venir de un sin fin de arrieros con sus correspondientes récuas cargadas de huevos, gallinas y otras mercancías rústicas, que descargaban, vendían y regateaban en el pátio de aquella casa, fonda en el principal y parador en el bajo; me levanté malhumorado y al salir de mi habitación, encontré de centinela al guía, al indispensable Mora, que no volvió á dejarme en todo el tiempo que permanecí en Málaga

y mucho menos, cuando iba al café, en el cual pedíalo siempre con leche, gotas y chorreón en el vaso de agua, lo tomaba con fruición y antes de

3

--

--

18

retirarnos, arramplaba con cuantos terrones de azúcar encontraba á su alcance, que pasaban acto continuo á los amplios y profundos bolsillos de su largo gabán, con cuello de terciopelo color caramelo.

Es cierto que podían tolerarse todos estos excesos, así como el de no pagar jamás el consumo, pues en cambio y por una módica retribución, hace cuantos encargos y menesteres tenga una necesidad; desde comprar un paquete de cigarros, hasta entenderse con la Aduana, sacar el billete del vapor, ver si hace buen ó mal tiempo, conducir el equipaje á bordo y dejarle á uno instalado en el camarote.

A mi me fué de gran utilidad y gracias á él, pude dedicarme á visitar todo Málaga en los dos días que el temporal me obligó á permanecer en ella. Visité la Catedral, no muy grande, aunque limpia, cuidada y dispuesta á la moderna; el Palo, la Caleta... cuanto digno de ver hay en fin, dentro y fuera de la población.

El «Ciudad de Mahón» pequeño vapor que hace la travesía á Melilla, esperaba amarrado al muelle, á que amainase el viento fuerte de levante y un suave balanceo á que le obligaba el mar que entraba por la bocana del puerto, hacía presagiar el terrible movimiento de fuera.

Yo estaba impaciente por emprender la marcha, y entretenía los forzados ocios á que después de despachar mis asuntos oficiales, me obligaban la

19

necesaria espera, en tomar café en uno de los infinitos que existen en la calle de Larios, única de tránsito; en pasear por el hermoso parque á la moderna que se extiende al pié del castillo de Gibralfaro á todo lo largo de los muelles hasta la Plaza de Toros, ó en contemplar el movimiento del puerto y en preguntar á los boteros y gente de mar por el estado de esta.

Invariablemente recibía idéntica contestación:

-No es ná zeñor; un poco é marejaiya de afuera pero el vapor no salía.

ra...

Por fin, al tercer día nos avisaron de que el vapor se disponía á zarpar; envié mi equipaje á bordo, y después de haber comido más de lo que la prudencia aconseja, siguiendo las indicaciones de los expertos y acordándome de que me mareo horriblemente solo con ver el agua, á última hora y ya oscurecido, emprendí la marcha hacia el muelle.

Cuando llegué á él, ya el vapor había largado las amarras y solo esperaba el correo para marchar. Hube de alquilar un bote, cuyos tripulantes, de lo más distinguido entre la numerosa pillería de los muelles de Málaga, aprovecharon la ocasión para cobrarme tres pesetas y media, por navegar otros tantos metros en demanda del vapor. Me instalé en este y poco después navegábamos en busca del mar libre, la salida al cual indicaban en la boca del puerto, dos mortecinas luces de color. Poco á poco fué desapareciendo la visión de la

20

ciudad de Málaga y de sus muelles magníficos y bien alumbrados; el nimbo de luz que cual polvillo fosforescente la rodeaba, fué extinguiéndose lentamente y al vocerío del público que presenciaba la salida del barco, sucedió un horrible traqueteo producido por los embates del mar.

Este se hacía cada vez más grueso y á los gritos de angustia de las señoras del pasaje, respondían crujidos de maderas que se desencuadernan, tintineo de copas, golpes secos, rastreo de bultos que resbalan de un lado para otro, llamadas del timbre, pasos acelerados de los camareros, fatigosas respiraciones y todo ese ruido especial que se produce á bordo con el mal tiempo.

Sentado en el alcazar, oía yo la baraunda, horriblemente mareado y sin atreverme á penetrar en la cámara, pues el asfixiante calor, los malos olores y la desagradable coincidencia de tener que dormir sobre un banco del comedor, por estar ocupados por las señoras los camarotes, me infundían un verdadero pánico.

En esta disposición, agarrado como una lapa al banco, aguantando los horribles balances, el relente que caía en abundancia, ayudando en su tarea de calarme hasta los huesos á las salpicaduras de los golpes de mar y entre tremendas bascas, aguanté hasta la boca del estrecho, contemplando entonces el bonito espectáculo de los muchos barcos que en él entran y salen y los faroles de situación de

-

21

los cuales, suben, bajan y se balancean en fantás-

tica danza, á merced del mar.

Sin embargo; el movimiento se hizo tan inaguantable, que no pudiendo resistirlo, tuve que abandonar la cubierta, sin darme cuenta de mí mismo.

Como un borracho, agarrándome desesperadamente á cuanto estaba á mi alcance, bajé á la cámara y me dejé caer como una masa inerte sobre uno de los estrechos é incómodos bancos, donde permanecí hasta el amanecer agarrado con pies y manos para no caer.

Recuerdo como en sueños la animada conversación de dos pasajeros militares, que conversaban asuntos melillenses y aunque sus palabras y sobre todos sus risas, cuando yo iba en la agonía, me crispaban los nervios, hasta el punto de desearles la muerte, de lo que por supuesto me arrepiento con toda mi alma, les oí hablar, de que el contrato con la casa armadora del vapor correo en que navegábamos y que hace dos viajes semanales (cuando los hace,) cuesta al Estado un puñado de miles al año; de que con esa consignación, podía haberse construido una escuadra de correos en el mucho tiempo que lleva de servicio, que éste se hacía irregularmente casi siempre y otros extremos, que aunque entonces casi no comprendí he visto luego comprobados.

Es cierto que siendo pobres, hemos de gastar poco á poco, resultando al fin y á la postre, que gas-

22

-  
tamos más que el rico. Es cierto también, que siendo los vapores del Estado, se haría el servicio con más regularidad, sin atenerse á fiestas y jubileos como actualmente; es cierto por último, que nadie tendrá la culpa de que ésto suceda, pero también lo és

que los que hablaban, tenían sobrada razón.

Al amanecer, empezó el movimiento del personal de á bordo; sentí, acurrucado en el banco, como baldeaban la cubierta, oí luego arrastrar cuerdas y cadenas; los balances me parecían más suaves y cuando entraba claridad por las portas, oí á los pasajeros de tercera anunciar tierra.

Hice de tripas corazón y levantándome como Dios me dió á entender, me dirigí á cubierta. Por la banda de estribor, se veía la elevada costa casi á pico, abrupta y sin vegetación y por la de babor algunos farallones; pasamos entre aquella y éstos y una hora más tarde fondeamos sin puerto en el mar, frente á Melilla.

MELILLA

Primera impresión.-La Plaza y barrios exteriores.-La Marina.-El Mantelete.--Barrios de la Alcazaba, Polígono, Carmen, Santiago, Buen Acuerdo y Triana.

Está la población empingorotada en lo alto de un promontorio que sale hacia el mar y solo se divisa de ella, por entre torreones de color pardo, de piedra antigua y oscuras murallas con cubos y baterías, la parte alta de las casas. Oíanse toques de cornetas y clarines y algunos soldados subidos en las peñas, saludaban al vapor al paso.

La impresión que me hizo la plaza, con sus viejos torreones y vetustas murallas, férreas puertas en lo alto de empinada cuesta y cañoneras que miran vigilantes, fué la de una profunda tristeza, que se aumentó al visitar la población con sus calles empinadas, sus raquiticas casuchas y su as-

S

-

24

pecto de plaza sitiada, cuyo peso se siente sobre el corazón,(1)

Esta tristeza, me duró bastantes días y en los primeros de mi estancia en Melilla, me daban deseos de andar de puntillas, por no oír el eco de mis pisadas, en los pasadizos, túneles y paredones.

Desde el vapor, se distingue delante del barrio del Mantelete, un pequeño paseo de aspecto moderno, única nota alegre; una extensa llanada, convertida en hermoso parque y moderno barrio después de mi arribo y entonces yermo; y el árido campo exterior, melancólico, sombrío, de unitorme color, sin vegetación alguna, cubierto de piedras y con suaves ondulaciones y colinas coronadas por fuertes, que desde el barco semejan pequeñas plazas de toros.

Aquellas ondulaciones se van acentuando hacia el horizonte, cerrado por el Gurugú con su mole inmensa cubierta por una caperuza de nubes.

A poco de fondear, se aproximaron al costado del buque, algunas lanchas tripuladas por soldados marineros de la Compañía de Mar, unidad especial cuyos individuos se reclutan en igual forma que los del Ejército, dándose el caso, de que la mayoría de ellos son del interior de la Península y (1) Actualmente han variado mucho las condiciones de la población que se extiende extramuros, con edificaciones á la moderna.

25

no han visto jamás el líquido elemento en que han de trabajar, hasta que visten el traje de marineros

y empuñan el remo, lo que ocasiona el consiguiente trabajo, para oficiales y clases que han de hacer de ellos buenos marineros, y lo consiguen.

Embarcamos en una de estas lanchas, que nos condujo al muelle, donde me encontré, aun mareado, sin saber que hacer de mi persona, pues en este bendito pueblo, no habia en aquel entonces, ni pabellones desocupados, ni fondas, ni casas de alquiler.

Gracias á las atenciones del Teniente Coronel Alvarez Cabrera jefe de mi batallón y querido amigo mio, que me condujo á su casa, con una amabilidad que jamás le agradeceré bastante, pude encontrar albergue para mi familia y para mí, hasta que algunos dias más tarde, nos proporcionaron un infame zaquizamí, en las alturas de una pequeña casa, cuyos pisos inferiores habitaban unos hebreos, que con sus guisotes, sus gritos y salmos guturales y el olor especial de que están impregnadas las casas de hebreos pobres, me hicieron perder la tranquilidad y el estómago, para bastante tiempo.

Todo cuanto comia, me sabia á hebreo.

Así fué mi entrada en la población africana, triste por sí y más triste aun por mi estado de ánimo y por las incomodidades sin cuento, de los primeros dias de estancia en ella.

4

26

}

Como ya hé dicho, la primera impresión que me causó la plaza, fué de triste opresión. Aquellas murallas amazacotadas, aquel cuartel encerrado entre fosos y bastiones con sus dormitorios subterráneos; aquellas calles tristes y estrechas, pasando por bajo de túneles largos y oscuros ó desarrollándose por el contorno de las murallas, con todas sus sinuosidades y falta de simetria; todo, todo se me venia encima, con la pesadumbre de una inmensa mole.

Sin embargo; poco á poco, fuí familiarizandome con la vida especial de la plaza. Acudí al Casino Militar, que por sus hermosos y bien decorados salones y su bonito teatro, obra del difunto general Alcántara, contrasta con la fealdad de fuera;; y no obstante, también allí llega la tristeza exterior, viéndose siempre solitarias sus dependencias, únicamente llenas en dias especiales de gran solemnidad y generalmente ocupadas por algunos militares de edad avanzada, que juegan al chaquete ó al ajedrez, canturreando coplillas en boga el año setenta ó que discuten asuntos raros sentados en las butacas de los rincones.

La plaza está enclavada en un promontorio rodeado de murallas antiquísimas, con sus tres recintos, que antes se aislaban dejando entrar el mar. Las calles, empinadísimas, están en lo más alto y una plaza de regulares dimensiones, formada por la Comandancia general, hoy Gobierno militar, el Casino y la Mayoría de plaza, sirve de cu-

27

bierta á inmensos y antiguos algibes, que recogiendo las aguas llovedizas, surten á la población del indispensable líquido.

el au-

Hoy han aumentado las necesidades por motivo de población, siempre creciente y el bombillo, máquina elevadora, abastece á todos los barrios, aunque de agua gruesa y algo salobre, poco agradable al paladar.

Cuando atravesando un tunel, se sale de la plaza á la Marina, se nota la sensación del que saliendo de un subterráneo, se encuentra en pleno campo respirando con más desahogo aire más puro. Es idéntica, que la sentida al abandonar las galerías subterráneas que como enmarañada madéja, minan la plaza en todas direcciones, hasta los antiguos baluartes y fortalezas; subterráneos ó minas curiosísimas, que he tenido ocasión de visitar.

Constituyen la Marina, dos pequeños muelles, denominados civil y militar, por descargarse en ellos las mercancías que á uno ú otro elemento vienen consignadas. En el primero, funcionan buen número de hombres de mar, que se dedican á la carga y descarga en botes ó gabarras, cuando llegan vapores, en su mayoría franceses y á la pesca el resto del tiempo.

En el segundo, presta sus servicios la Compañía de Mar, unidad anfibia, como antes dije, pero que desempeña á maravilla su cometido en la carga, descarga y conducción de viajeros á los vapores correos, vigilancia de la costa y salvamento de

—

-

28

n'ufragos, habiendo obtenido por esta última clase de servicios honrosísimas distinciones.

Estos dos pequeños muelles son el embrión, por decirlo así, del futuro puerto, para la construcción del cual se ha empezado ya á trabajar en las canteras situadas en el campo exterior, se han construido puentes y obras de fábrica y el terraplenado para el ferrocarril que conducirá la piedra al taller de bloques. Estas obras se han paralizado más de una vez por falta de crédito, ocasionando la

miseria entre los braceros que vinieron á las obras, dándose así lugar á la mendicidad, hasta ahora no conocida en Melilla.

¿Verán nuestros hijos concluido el puerto? Dios lo quiera, aunque lo dudo.

En la Marina existen algunos cafés, que son centros de reunión, de contrataciones y de paso obligado entre la plaza y barrios exteriores y un bonito paseo, conocido por Muro X, con casitas y establecimientos de simetría que produce un buen efecto á la vista.

Por detrás de este paseo, se extiende el Mantelete, barrio en el cual vive gran número de moros, hebreos y cristianos, comerciantes en su mayoría, estando también edificados en este barrio los cuarteles de Artillería, Caballería, Administración Militar y Guardia civil; los Juzgados, la Cárcel, pabellones para oficiales y el mercado público, hermosa construcción de hierro.

Todas estas construcciones, forman un conjunto

29

cerrado por débiles murallas y en su única puerta llamada de Santa Bárbara ó del campo, está situada la guardia del principal, frente por frente de la Aduana mora, pequeña barraca ya desaparecida, en la que se ocasionaban contínuas riñas entre los moros portadores de mercancías y los empleados. En estas reyertas tenían que intervenir con frecuencia nuestros soldados.

Delante de la puerta mencionada, por la que no se permite el tránsito más que desde el amanecer hasta el anochecer, se extendía un vasto erial, hoy convertido en frondoso y hermosísimo parque, gracias á los trabajos del general Hernández, ya fallecido, y gran número de huertos, hoy transformados en lindísimo barrio en construcción. Parque y barrio, están dominados por el fuerte de San Lorenzo, el más próximo á la plaza; y separados de ésta por una carretera de quinientos metros, que pasa por delante de una iglesia en construcción, abandonada, de la fábrica de luz eléctrica y de modernas construcciones, que tratan de unirlos con el Mantelete, se extienden los barrios del Carmen y del Polígono, habitado este por gran número de trabajadores cristianos, innumerables hebreos y no menos moros.

Existen también los barrios de la Alcazaba, miserable y colocado en las alturas, junto á la plaza; los de pabellones militares, de Santiago y de Buen Acuerdo, el primero próximo al magnífico cuartel defensivo de su nombre y el segundo en la termi-

nación del Parque de Hernández. Este último, así como el de Orozco, hoy en construcción, mitad pabellones militares y mitad casas para alquilar, se extienden por el llano, entre las lomas en que están situados los fuertes de Camellos y San Lorenzo y no existían á mi llegada á Melilla.

Por último; en la playa, pasado el río Oro por un puente de madera, punto obligado de tránsito para las caravanas del interior, se encuentra el barrio de Triana, constituido por una serie de miserables barracas de madera, emplazadas frente á la plaza de toros, plaza que baña sus cimientos mitad en el río, mitad en el mar.

Estas barracas sirven de albergue á comerciantes al detall, que hacen su humilde tráfico con los moros y con los pescadores.

Al imprimirse estos apuntes, empiezan á construirse casas de mampostería y se ha establecido una fábrica de salazón de pescado, grandes depósitos de pieles y otros artículos, fábricas de ladrillos, caleras y almacenes.

#### Organización civil y militar

Autoridad principal.--Junta de Arbitrios.--Servicios que de ella dependen.--Centros de enseñanza.--Partes religiosa, jurídica y sanitaria.--La población melillense.--Medios de comunicación.--Guarnición.--Fortificaciones.  
-Polígono de tiro.

Es Melilla plaza fuerte y se considera para todos los efectos, en continuo estado de guerra, como resultado de lo cual, solo la autoridad militar tiene fuero en todo género de asuntos, hasta en los religiosos, en cuanto no atañe al dogma.

Ejerce el mando de la plaza un general de división, que tiene como digo, autoridad en todos los asuntos y para cuanto en el resto de las poblaciones de España incumbe á los Ayuntamientos, existe una junta denominada «Junta de Arbitrios», que preside el general de brigada, segundo jefe de la plaza y en la que tienen brillante representación el elemento civil y el militar.

32

Todos los asuntos en que la mencionada junta entiende, son resueltos á satisfacción completa del vecindario, que vé cubiertas todas las atenciones <<municipales>>, por así llamarlas, y existente en Caja un superavit, que pudiera servir de ejemplo á los Ayuntamientos mejor organizados de España.

En los últimos años, se han construido bastantes caminos carreteros, se han mejorado notablemente los servicios de todas clases, con arreglo á las ne-

cesidades siempre crecientes de la plaza y se ha construido á fuerza de paciencia y trabajo el magnífico parque de Hernández, en sitio próximo al mar, en que antes, ni aún yerba crecía.

Apesar de gastos tan crecidos, aun queda en las arcas de la Junta un remanente de muchos miles de pesetas.

Dependientes de esta, existen varios colegios de primera y segunda enseñanza, donde se facilita instrucción á párvulos y jóvenes de ambos sexos y á adultos, siendo de notar el gran número de moros y hebreos que á ellos acuden; una filarmónica, un instituto de segunda enseñanza, incorporado al de Málaga, de donde vienen anualmente los examinadores y una Academia de árabe, donde cursan sus estudios paisanos, oficiales y clases del ejército

y otra para moros.

Particularmente han sido instalados también varios colegios y academias preparatorias para todas las carreras.

33

Como servicios municipales, tiene á su cargo la Junta el de policía y vigilancia, carruajes de alquiler, limpieza, mercados (con uno magnífico construido á la moderna, con su oficina de inspección y repeso), el de recaudación, sanidad pública, dependiendo del cual hay un bien instalado puesto de socorro con dos médicos titulares; una oficina de reclamaciones; el de cementerios con uno moderno y bien dispuesto; el de muelles y cobro de impuestos; el de incendios, con excelente personal y material, y otros muchos no menos importantes.

Respecto á la parte religiosa, existe el vicariato civil con una parroquia en la parte alta de la plaza á cargo de un cura y un teniente cura y el vicariato castrense, del cual dependen los capellanes de los cuerpos de la guarnición y el del hospital militar, que es también hospital civil para ambos sexos.

La parte militar está constituida por el Estado Mayor, al frente del cual hay un coronel del Cuerpo y el personal necesario, existiendo también una Subinspección á cargo del General segundo Jefe de la plaza; una oficina de asuntos indígenas regida por un teniente coronel de Estado Mayor y el personal adecuado y una Subintendencia.

Los Juzgados para todo asunto, sea de la índole que fueren, dependen del Auditor de la plaza, siendo aquellos, el municipal y el de primera instancia al frente de los que se hallan oficiales del cuerpo

-

34

jurídico militar; dos juzgados permanentes de categoría de jefe, tres juzgados aparte de los de los cuerpos, de categoría de capitán, todos ellos para asuntos criminales, y un curiosísimo Tribunal de moros, que dá excelentes resultados, á cargo del Auditor.

Las causas se ven todas en consejos de guerra.

Igualmente todos los servicios sanitarios dependen del Cuerpo de Sanidad Militar, aunque existen dos médicos titulares civiles para la visita de pobres, que atienden al servicio del puesto de socorro, instalado en punto céntrico y bien dotado de los elementos necesarios.

No sucede lo propio con el hospital, instalado en la antigua plaza, en un vetusto edificio que por las señas fué convento. Sus lóbregas é insalubres salas, la insuficiencia de los locales y todas sus malas condiciones, contrarrestan los continuos desvelos del brillante cuerpo de Sanidad Militar que á pesar de estas deficiencias ha llevado á cabo notabilísimas curas en pacientes cristianos y moros; estas últimas, practicadas algunas de ellas á personajes de prestigio en el campo, han contribuido grandemente á fomentar nuestra influencia en las kábilas vecinas.

La población de Melilla, está constituida principalmente por el elemento militar y sus familias,

-

35

---

por un núcleo de población civil que aumenta constantemente, mucha parte del cual, proviene ó está al servicio del ejército ó se dedica al comercio ó á los servicios de la plaza; de gran número de hebreos, en su mayoría dedicados al comercio con los cristianos y moros, de un buen contingente de estos últimos, de la población penal (1) y de braceros, muchos de ellos venidos para los trabajos del futuro puerto.

Actualmente hay constituida una «Asociación Mercantil y de propietarios» (2) y varios casinos.

Como medios de comunicación, se cuenta con dos vapores correos: el «Ciudad de Mahon» que sale de Málaga, los lunes y jueves por la tarde, llegando los martes y viernes por la mañana y regresando los mismos días por la tarde; el «Sevilla» que hace el servicio de las plazas menores, llegando á Melilla los miercoles y regresando el

jueves por la tarde; varios vapores franceses é italianos en su mayoría y los cables con Chafarinas, Almería directo y Ceuta, por Alhucemas y el Peñón que han quedado interrumpidos, los dos últimos, varias veces, por las fuertes corrientes del Estrecho.

Los servicios de Correos y Telégrafos, están fusionados.

(1) Ya ha sido trasladada.

(2) Se ha transformado en Cámara Oficial de Comercio.

36

La guarnición de la plaza, la componen: dos regimientos de Infantería á tres batallones, de ellos uno destacado en los fuertes exteriores y tres compañías en los Menores; un batallón disciplinario, otro de Artillería de plaza, y una batería mixta montada y de montaña; una compañía mixta de Ingenieros, un escuadrón de Cazadores, una compañía de Sanidad, otra de Administración Militar, una sección á pié y montada de la Guardia Civil, la Compañía de mar y un grupo de ametralladoras.

Afectos á estas fuerzas, existen perfectamente organizados, cuantos servicios puedan necesitar en campaña: suministros, sanidad, aprovisionamiento de agua y víveres, fortificación, ambulancias, etc. etc.

En cuanto á las fortificaciones, pueden dividirse en dos clases: interiores y exteriores. Afectan las primeras á la plaza, hasta las murallas abiertas por la puerta de «Santa Bárbara» y las componen toda la série de recintos, baluartes, baterías y defensas de la primera, adaptadas á las necesidades de la población murada y en consonancia con el enemigo contra el cual fueron construidas.

Las fortificaciones exteriores, se reducen á los fuertes, fortines y pequeños reductos, que tienen á su cargo la defensa del campo exterior. Están dispuestos en líneas, en forma de semicírculo, al-

37

rededor de la plaza y para su servicio de guarnición y distribución de fuerzas, se consideran divididos en dos grupos: derecha é izquierda del río Oro. El primero, de la derecha, está dividido en otros dos, que dependen: el uno de «Camellos», con los fuertes de San Lorenzo y Triana y el otro del «Sidi» con los de Alfonso XIII y Torrecilla del Sidi. El segundo, grupo de la izquierda, también está dividido en otros dos, que dependen: el primero, de «Cabrerizas Altas», con el fuerte de Reina Regente, y el segundo de «Rostrogordo», con el de Cabrerizas Bajas. Estos dos grupos dan al-

ternando por días, la guarnición del fuerte de Horcas Coloradas.

Cada uno de los cuatro grupos, está mandado por el capitán de la compañía que los guarnece, teniendo todos los fuertes comunicación heliográfica y telefónica con la plaza y la suficiente guarnición, material y municiones de artillería é ingenieros, así como cisternas y depósitos de víveres. También se comunican entre sí y con la plaza, por buenas carreteras y caminos cubiertos.

El campo exterior es árido, abundando los terrenos calizos y arcillosos y los macizos pedregosos.

La parte que se desarrolla entre la playa de San Lorenzo y el fuerte de Purísima Concepción (Sidi) es poco accidentada, sus desniveles son suaves y se van elevando gradualmente hasta el Gurugú, más próximo por esta parte.

- 38

-

No sucede lo mismo con la parte opuesta. A partir de la margen izquierda del río Oro, el terreno se quiebra, produciéndose profundas grietas, barrancadas y lechos de torrentes, secos casi todo el año, aunque con terribles avenidas en la época de lluvias y se eleva rápidamente hasta la planicie ó amplia meseta situada entre Cabrerizas Altas y Rostrogordo, el más avanzado este último, del grupo de la izquierda.

En esta meseta, que se corta á pico sobre el mar á gran altura, está construido el campo ó polígono de tiro para infantería, dotado de una buena caseta y galería, derraida por uno de los fuertes vendabales tan frecuentes en Melilla y levantada de nuevo.

Dos poderosos reflectores, uno de ellos de campaña, pueden iluminar el campo exterior en caso de necesidad.

Esta es, á grandes rasgos, pues no es posible una relación detallada, la descripción de la plaza de Melilla, con sus servicios y defensas, que cada día se perfeccionan más.

La guarnición está en constante movimiento, practicando á diario el servicio de campaña, patrullas, retenes, campamentos, guardias, destacamentos, etc. etc. durante el día y la noche.

Tipos y costumbres

Entrada de moros.-Su sistema de ventas.-Los hebreos.--Los kabileños.--Cafés y tiendas morunas.-La aduana mora.-Posadas morunas.-Los coches de alquiler.

En los primeros días de estancia en la plaza, lla-

ma poderosamente la atención, el personal abigarrado y multiforme que transita por las calles de la misma, por sus extrañas vestimentas.

A las diez en punto de la mañana, un marinero de la Compañía de mar, situado en la puerta de acceso, permite la entrada á los moros, que invaden las calles con su vocerío especial y se dirigen á las mujeres» ofreciéndolas sus mercancías: huevos, gallinas, perdices, fruta, etc. etc., que se empeñan en vender á la fuerza, quiéranse ó nó. Bajo la denominación de «mujeras», comprenden ellos á toda persona del sexo femenino, sea mora, cristiana, hebrea, señora ó criada; y metiéndoles la mercancía por los ojos, luchan desesperada-

--

40

mente por colocarla, colándose de rondón en las casas en que no se les dá con la puerta en las narices.

Su especialidad son las gallinas, los huevos y el tabaco de contrabando, que venden á seis reales libra.

-¡Mujera, querer galinia?—gritan en su jerga especial--¿querer perdisa como pava?—¡Sardina fresco!

-¿A cómo? se les pregunta y siempre piden siete ú ocho veces más del precio á que piensan vender.

-A treinta perra,-exclaman, si se trata de una decena de huevos; (los venden siempre por decenas), y al oír las protestas, replican:

-¡ Visóralos por Dios grande... estar como de pava!

-¡ponerte en una arrazón!... ¡yo querer venderte... tú no querer comprar! ¿Tener palabra de arrey!...

Sigue el regateo, continúan las protestas y al fin terminan por entregar los huevos con un gesto de resignación perra á perra, es decir, á cinco céntimos uno, con la condición, si la compra dá para ello, de que se le entregue el importe en monedas de plata española, que luego entierran allá en su huerto.

Por las calles se encuentran tipos verdaderamente notables, con los que poco á poco se va uno familiarizando.

El sabio hebreo, especie de sacerdote y matarife, todo en una pieza, con su hopalanda azul, cubrien-

41

-----

do una túnica del color cardenalicio; el hebreo acomodado, con su bonetillo y sotana negra, ceñida esta última, con faja de vivos colores y calzando zapato bajo; el hebreo del campo, con chilaba negra

flotante, babuchas negras también y pañuelo del mismo color, colocado en pico por detrás y anudado bajo la barba, como nuestras mujeres del pueblo, humillación á que les obligan los moros kabileños. Los moros de kábila, con sus jaiques blancos, de vaporoso tejido de pelo de cabra, sus chilabas pardas, su turbante de pelo de camello y sus babuchas amarillas. Mil y mil tipos á que nuestra vista no está acostumbrada.

En pequeños cuchitriles y en todos los barrios, se ven los cafés moros, de cafeteras de hojalata y vasos de vidrio basto, en los que se sirve el ataí (té) y el cájua (café) hecho á su manera; los despachos de los hebreos, abarrotados de sacos de té, pilones de azúcar y piezas de telas transparentes, llenas de dibujos en colorines, así como las tiendas de moros, en que despachan estos medio sentados, medio tendidos, carteras, cinturones, cananas, telas recamadas, alhajas, falsas en su mayoría, bandejas y candeleros dorados, vasos de colores, té, incienso, perfumes, velas de colores vivos y todo cuanto puede servir de utilidad ó satisfacer el capricho pueril de los moros, siempre enamorados de todo lo que reluce: de la chillona fantasía, como ellos la llaman.

El comercio, tiene su núcleo principal en el

6

42

Mantelete, aunque también se extiende al barrio del Polígono. El de la Plaza, que como el de los barrios está acaparado en su mayoría por los hebreos, se reduce al tráfico de telas y bisutería con los cristianos.

Todo este movimiento de moros, hebreos y cristianos, con sus carros y caballerías cargados de artículos comprados ó para la venta, constituyó para mí una de las principales distracciones y muchas veces me detuve á contemplar las reñidas discusiones que los moros del interior sostenían á grito pelado con los de la aduana del sultán, hoy desaparecida de la puerta del campo.

Estos altercados, que con frecuencia terminaban á garrotazos, haciendo intervenir á la guardia del principal, me atraían, porque ponían de manifiesto el modo de ser del moro de población infatuado y soberbio y el del moro de kabila, altivo é independiente, pero que al fin terminaba por humillarse ante las amenazas de aquellos que se pasaban el día tumbados, dándose aire y fumando kif y que, aunque más débiles, les obligaban á callar ante las amenazas proferidas en nombre del sultán.

Las caravanas venidas del interior, que constituyen una pintoresca nota, traen sus camellos y mu

los, que dejan en las posadas moras, mientras efectúan sus compras los conductores.

Consisten estas posadas, explotadas por cristianos, en un cercado de alambre, sin otra edificación que una pequeña choza de paja en que se res-

43

guarda del sol ó de la lluvia el encargado. Varios piquetes unidos con cuerdas á las que se maniatan las bestias, constituyen la posada, en la cual se cobran cinco céntimos por la estancia de cada acémila menor y diez por mulo ó camello.

Como se vé, el negocio no puede ser más saneado, pues el cobrador solo se ocupa de que no roben las bestias, pero no de cuidarlas ni proporcionarlas alimento.

Actualmente está situada la aduana rebelde próxima á los límites, en la posada del cabo Moreno, moro muy adicto á España, que murió en una de las infinitas luchas que nuestros vecinos sostienen entre sí.

Y como para trasladarse á dicha posada ó para ir de uno á otro barrio hay que hacer uso de los coches de alquiler, no dejaré pasar la ocasión sin decir algo de ellos.

Son los tales vehículos unos desvencijados armatostes de cuatro ruedas á los que pomposamente llaman coches, tirados por famélicos caballejos y mulas de distintas alzadas. Cada asiento vale diez céntimos para un recorrido y há de esperarse á que se llene ó abonar los cuatro asientos si no se quiere ir en compañía de moros desarrapados, que sueltan las babuchas y se urgan despiadadamente entre los dedos de los pies ó se matan con toda tranquilidad, las alimañas de que llevan poblados sus cuerpos ó si no tememos á que se siente á nuestro lado un hebreo de chilaba que fué blanca

-

-

44

en sus buenos tiempos, zalamerón y servil y que trasciende á sebo pasado de carnero, capaz de levantar el estómago mejor constituido (1).

Estos son los únicos coches de que en Melilla se dispone y no es raro tomar uno de ellos, para que nos conduzca á los fuertes y después de tener que ayudar al tiro en las cuestas arriba, porque los pobres animales, flacuchos y mal alimentados, apenas si pueden con sus descarnados huesos, encontrarse en el cuerpo, ciertos animalitos repugnantes y de molesto picar. (2)

(1) Es claro que me refiero al hebreo campesino y mal educado, pues los hay dignísimos y de esmerada educa-

ción. No puede decirse otro tanto de los moros.  
(2) Al imprimirse estos apuntes ha mejorado algo el servicio de carruajes.

SEGUNDA PARTE  
COSTUMBRES MORUNAS  
Y  
Viajes al Interior

LOS MOROS

Kábilas de Guelaia.--Sus costumbres é indumentaria.--Su constitución física.--Métodos de curación "sui generis".--Aspecto general del moro.--Suciedad y holgazanería extremadas.--Sus ocupaciones.--La mujer.--Su papel en el hogar.--Trabajos y penalidades.--Demostración exterior de su estado. Cinco kábilas constituyen el territorio de Guelaia, fronterizo á Melilla: Benisicar, Frajana, Benisidel, Benibuifrur y Benisaid, siendo las dos primeras las más cercanas á la plaza y de entre ellas Benisicar, la en que sus habitantes tienen algún rescoldo del legendario valor é hidalguía morisca ya caidos «en desuso», subdividiéndose Frajana, en las fracciones Mezquita y Mazuza. Las costumbres de estas kábilas son exactamente iguales, dedicándose todas ellas al cultivo del trigo y cebada, con preferencia la última, al de hortalizas y á la venta de gallinas y huevos. Visten todos el blanco «jaique», ancha tira de «espumoso» pelo de cabra, de algunos metros de

-

---

48

longitud, con que se rodean airosamente el cuerpo, llevando dicha prenda sobre dos ó tres camisas, unas encima do otras y muy parecidas á las de nuestras señoras y sujetando los caprichosos pliegues de aquel, con el ancho cordón de lana de colores vivos que sostiene la amplia cartera de cuero, con curiosos arabescos hechos con sedas de colores; sendas anillas de metal dorado, sostienen la cartera.

Sobre el jaique se colocan la chilaba, ancho, corto y tieso ropón, fabricado en casa con lana blanca y negra á rayas verticales alternadas y provisto de amplia capucha. La única costura, vertical y delantera, va adornada con los indispensables dibujos en sedas de colores vivos, tanto más anchos, complicados y costosos, cuanto mayores son los posibles de su dueño.

Calzan babuchas amarillas, de las conocidas por nosotros con el nombre de «morunas», en chanclas,

sin media ni calcetín, y en tiempo de campaña suelen sustituirlas con sandalias de tosca cuerda de esparto, que se sujetan al tobillo por medio de una cuerda gruesa, también de esparto, que pasa por entre el pulgar y su compañero.

A la cabeza se rodean un turbante de tela blanca, formando pliegues artísticos y también lo sustituyen para casos de guerra con otro formado con cordones de pelo de camello.

La constitución del rifeño es en general robusta, aunque se agotan pronto por su falta de higiene y

49

abandono en las enfermedades, existiendo épocas en que el paludismo adquiere verdaderas proporciones de plaga, causando la epidemia centenares de víctimas, que fallecen sin auxilio alguno de la ciencia, pues consiste toda su medicación, en versículos del Korán encerrados en bolsas, que se aplican sobre la parte dolorida, en cabalísticas palabras escritas sobre trozos de papel, que comen ó hierven, bebiendo de aquella pócima y para las heridas, en quemarse los bordes con aceite hirviendo, cubriéndolas luego con barro. En primavera se sangran todos sin excepción, haciéndose tremendos cortes en la nuca.

Como es natural, esta farmacopea, facilitada por sus «santones», nunca gratuitamente y ayudada por la falta de alimentación, pues el moro es sóbrio en extremo, produce más fallecimientos que las mismas enfermedades.

Para las heridas de hierro y bala son sufridos y duros, hasta el extremo de extraerse por sí mismos, de heridas antiguas, esquiras de hueso, valiéndose de un palillo ó de la punta de una «gumía».

Este procedimiento, que yo mismo he podido presenciar, me hizo creer que resistirían estóicamente una operación quirúrgica; sin embargo, he podido comprobar, que tan pronto como ven el bisturí ó la lanceta en manos del médico, huyen aterrados ó tiemblan cobardemente.

El tipo que más abunda es el moreno, enjuto,

7

-

-

50

nervioso, de mirada penetrante y viva y piernas duras como de acero, aunque también existe el tipo rubio tirando á bermejo. Ambos son fuertes. Llevan la cabeza rapada, así como el borde superior del bigote, los costados de la barba y la sobabarba. De niños, se dejan un mechón de pelo en

la coronilla, que llaman «fantasía» y aunque algunos afirman que es el asidero por donde las huríes han de tirar para introducirlos en el «quinto cielo», yo creo que es más bien depósito de todas las inmundicias y criadero de los parásitos más asquerosos, (pulgas tontonas (1) y otros) que encuentran cómodo albergue en todo cuerpo moruno.

Las camisas de los niños moros, blancas al estreñarse, son de un color terroso salpicado de infinitas motas, producidas por las pulgas más o menos tontonas, las chinches, etc.; sólo viéndolos puede formarse idea exacta.

El rifeño odia el trabajo manual tanto como el intelectual, por lo que desde que tiene uso de razón, se ocupa única y exclusivamente, en ir constantemente cargado con su «fusila» en bandolera y su canana de cartuchos y en jugar á la ronda y otros juegos de naipes, que es lo primero, por no decir lo único, que han tomado de «nuestra civilización». Estos juegos, son en inmundos cafetines, sin otra ventilación que una estrecha puerta en la

(1) Llamam así al piojo

51

-

cual dejan las babuchas, entregando el arma al cafetero.

Son falsos y desleales en sus tratos, sobre todo con los hebreos; están dominados por el espíritu de ratería, por lo que, siendo bajos la mayoría de los pabellones militares, hay que cuidar las ventanas.

En campaña, se pasan horas y horas tras un peñasco, constituyendo la batalla una verdadera caza de hombres, pues el enemigo sigue la misma táctica; son rencorosos y guardan las ofensas años y años, hasta que logran vengarse y en el combate carecen de acometividad, que sólo tienen, cuando reunidos en grandes masas, tienen la seguridad de vencer; entonces atacan con horrible algarabía. Mientras juegan en los cafetines, toman té á ruidosos sorbos y se hurgan constantemente los pies con una mano, mientras con la otra sostienen las mugrientas cartas, completamente abarquilladas.

A ratos perdidos, venden gallinas, huevos, perdices, tabaco de contrabando, etc., ó ayudan en sus tareas á la mujer.

los

Esta es la verdadera bestia de carga; con sus vestiduras, consistentes en camisas y turbantes que fueron blancos, muy cortas aquellas, que dejan al descubierto las musculosas piernas y pies descalzos, aran y cavan el terreno que luego

cultivan, van al río con enormes cántaros en los que acarrear agua; lavan la ropa, hilan, tejen, gui-

52

; san... lo hacen todo en una palabra, incluso ir por la leña con que han de guisar, la cual cargan en una forma especial y en tal cantidad, que parece increíble que puedan resistir el peso.

No suelen conocer al marido hasta después de casadas; los padres del novio tratan con los suyos del enlace, lo mismo que los gitanos tratan la venta de una bestia, y se adjudica al mejor postor. Estas mujeres, agostadas en su juventud por el trabajo, sufren con paciencia el martirio y en su mayoría desconocen el pudor, que es reemplazado por el miedo al marido.

Mientras permanecen solteras, llevan dos trenzas de lana negra, colgando por la espalda y pendientes de las suyas, raquílicas y requemadas por el sol; unas vez casadas, cuelgan por el pecho cayendo por encima de los hombros, y viudas una por el pecho y otra por la espalda.

Las primeras y las segundas se adornan en días señalados, con camisas dibujadas en colores, arracadas que cuelgan de sus orejas agujereadas «con un hueso de dátíl», brazaletes y pectorales, todo de plata maciza, pesado y labrado toscamente y con turbantes de colores chillones.

HSSSSSSSSSSSSSSSS!

Tres comidas moras

Los hermanos Bu-Ayad.-Té "ilustrado,,--Las mujeres.-El comedor.-Preliminares,-La comida.-Desfile de manjares.- Sebo y manteca rancia.-Las manos sustituyen al cubierto.- El estómago protesta.--Final del banquete.- Comida de "medio pelo,,--Un plato "sui géneris,,.-El Hasch Mohamed.--Su regalo.-Mis propósitos.--Comida en el campo.--Esta es aceptable.--Los frailes.--Sus rezos.--Baile

1

final.

Tenía deseos de asistir á una comida de moros; pero no á una comida de esas en que la mezcla de lo moro con lo cristiano, quita su verdadero estilo, su carácter propio á la comida moruna.

Desesperaba ya de conseguirlo, puesto que teniendo necesidad de avisar mi asistencia, habían de intro lucirse también reformas en el menú, cuando la amistad de dos simpáticos moros de la plaza, me dió la solución del problema, permitiéndome asistir á una comida de lujo en su domicilio.

Son dichos hermanos Sidi-El-Hadj-Bu-Ayad y Sidi-Mohamed-Bu-Ayad, dos tipos de moros de teatro, caballerosos, galantes con las damas, amables y desprendidos y al propio tiempo amantes de todo lo europeo, sobre todo si es español. Esta última cualidad, unida á la circunstancia de ser los mencionados hermanos miembros del Centro Hispano-Marroquí, (1) hizo que entre ellos y yo se estableciesen corrientes de simpatía y amistad mútua.

En cierta ocasión, invitaron los Bu-Ayad, á un té moruno ilustrado, á las familias de los generales de la plaza y á otras personas de su amistad. Al té de referencia, fuí también invitado; pero supe después que una vez terminado, se celebraría una comida verdaderamente mora, á la que asistirían personajes marroquíes en número de seis, recién llegados del campamento de Muley-Mohamed.

Desistí del té y pedí autorización á los hermanos Bu-Ayad, que me la concedieron de buen grado, para asistir á la comida, no con objeto de descubrir, pues que plumas autorizadísimas han tratado ya el asunto largamente, pero sí de estudiar por (1) El Centro Hispano-Marroquí, establecido en Melilla por iniciativa del Excmo. Sr. General Gobernador D. Enrique Segura Campoy, y del cual formaban parte elementos cristianos, moros y hebreos, murió por consunción, apenas formado, debido á causas que no son de este lugar. Es de sentir su muerte, pues hubiese sido altamente beneficioso para los intereses de España en Marruecos.

-

mí mismo el modo de ser; la vida privada del moro pudiente.

Concedido el permiso, acudí puntualmente á las siete de la tarde, encontrando ya todo dispuesto para el banquete.

En la antesala, llamémosle así, dos moritos hijos de los anfitriones, recibían á los invitados, haciéndolos pasar al comedor, salón de recepciones, y á juzgar por las colchonetas, también alcoba, todo en una pieza. Los dos moritos, parecían guardar al propio tiempo, la entrada de otra habitación en que estaban reunidas las mujeres de ambos hermanos, lujosamente ataviadas con costosísimos trajes de seda de vivos colores, valiosos tocados y profusión de finas alhajas de oro primorosamente labrado.

Acechaban nuestro paso, alargando curiosamente el cuello y examinándonos con la profunda mirada de sus grandes ojos negros, pero al obser-

var que ellas a su vez eran también miradas con curiosidad, huían en tropel, entre agudos gritos y risotadas.

El comedor, era una amplia sala con el suelo cubierto de hermosos tapices, dos huecos á la calle con colgaduras interiores de encajes, varios relojes europeos y un rosario moro, colgados de las paredes, y alrededor, siguiendo el perímetro de la habitación, varias mullidas colchonetas, con vistosos almohadones y alfombrillas, en las que se recostaron indolentemente, más bien que se sentaron los

-56

invitados, después de dejar á la puerta sus babuchas amarillas. Estos, con sus pardas chilabas, tez tostada por el sol del campamento y aire guerrero, contrastaban notablemente con las finas maneras, lujosos trajes y cutis blanquísimo de moro de ciudad, de los anfitriones.

Hablamos algo de la marcha de los asuntos marroquíes, examinaron curiosamente mi espadín los forasteros, y después de recíprocos cumplidos á que tan aficionados son nuestros vecinos, aparecieron de nuevo los moritos, trayendo una mesa redonda, que apenas tendría una cuarta de alto, cubierta por finísimo mantel blanco.

Después, y mientras uno de ellos nos rociaba la cabeza con el agua olorosa contenida en un precioso perfumador de plata repujada y quemaba perfumes en un pebetero del mismo metal y factura, el otro, á la luz de dos velas de cera blanca, que ardían en sendos candeleros de metal dorado, colocados en el suelo y muy parecidos á los de nuestras iglesias, emplazaba sobre la mesa una aljofaina de grandes dimensiones, donde todos lavamos nuestras manos, con el agua templada y olorosa que vertía sobre ellas, de una cafetera de metal dorado también como la aljofaina.

Retirado el aguamanil y después de algunas tazas de té con hierbabuena, empezó el interminable desfile de manjares, condimentados todos con sebo, manteca rancia y profusión de especias, lo los hace poco apropiado para estómagos educados

- 57

-

cados á la europea. Sin embargo era grande mi empeño en asistir á la comida y probar la cocina árabe, por lo que haciendo un esfuerzo, de unos más, de otros menos, fuí probando uno por uno todos los platos, que como digo eran innumerables, haciendo especial honor, á una gallina en

salsa encarnada (1), y al llamado «Chuá», que es una pierna de carnero asada al horno y mechada y que sin el aditamento de las esencias, la canela y comino, adicionados en la misma mesa, hubiesen hecho honor á él ó á la cocinera.

También fué de mi agrado el «Quefta», picadillo de carnero con cebolla, ajo, pimienta y comino que se rodea á un pincho de hierro. dando la forma de una croqueta y se asa á fuego vivo, sirviéndolo en el mismo pincho.

Vino luego el clásico «kuz-kuz», el cual me agradó bastante, y entre los diversos platos, uvas y sandía, que no se comen como postres, sino intercalados y aún acompañando á las viandas. Perdí la cuenta de las servidas, sintiendo cierta pesadez de estómago, debida á las grasas rancias y al deplorable efecto que produce, ver que todos los alimentos se sirven en palanganas de hierro esmaltado, donde los comensales meten sus manos, que hacen el oficio de cubiertos y que, si bien recién

(1) Este plato lo llaman «H'Amaria» (h aspirada) y está sazonado con pasas, almendras, comino, etc.

8

58

lavadas, no inspiran la mayor confianza, respecto á su limpieza.

El «kuz-kuz», de aspecto parecido al arroz y hecho con sémola, lo comen, cogiendo puñados, que convierten en bolas en la palma de la mano y que lanzan dentro de la boca, con el dedo pulgar que apoyado en el índice, hace veces de muelle impulsor. Es el alimento clásico; el que jamás falta.

Al sentir el malestar de estómago de que he hablado, más acentuado aún por la ausencia total de bebidas alcohólicas, y que desapareció bien pronto gracias á varias tacitas del consabido té con hierbabuena, recordaba constantemente las descripciones de banquetes moros, tan magistralmente hechas por Edmundo de Amicis, al hablar de su viaje por el imperio, acompañando á la embajada italiana, así como las no menos magistrales de nuestro compatriota Mitjana en su libro «En el Magreb-el-Aksa» (1).

Terminada la comida, después de un nuevo lavatorio de manos y nueva conversación acerca de la política marroquí, nos despedimos de los hermanos (1) Este precioso libro, sin contar su admirable estilo, que obliga á leerlo de un tirón», contiene profundas y utilísimas observaciones, que deben tener presente cuantos se interesan por nuestro porvenir en Marruecos. He de hacer constar, que ni aún de vista conozco á Mitjana, y lo siento.

-

59

nos Bu-Ayad, profundamente agradecidos por sus atenciones.

Pocos días después, y enterado otro moro «de la clase media», por decirlo así, y amigo mío, de que había sido invitado por los hermanos Bu-Ayad, empeñóse en que comiera también con él, demanda que no pude rehusar en gracia á su buen deseo y amistad.

Púsele por condición que no había de hacer preparativo alguno, y le acompañé á su casa, que se reduce á una sola habitación, en la que comimos sentados en el suelo sobre esterillas de junco, el carnero, la gallina y el kuz-kuz, las uvas y el té de siempre; pero aquí había un plato, que me crispa

solo el recordarlo: eran unos huevos duros en salsa, con cáscara y todo, por entre las roturas de la cual se distinguía una masa negruzca y desagradable.

Por muchos esfuerzos que hice, no pude atravesar este alimento.

Estoy agradecidísimo al Hasch-Mohamed, que así se llama mi amigo, por su amabilidad al invitarme y por haberme regalado al terminar la comida un precioso tintero de barro antiguo con reflejos metálicos, procedente de Tazza (es escribano) pero declaro solemnemente que no volveré á comer con él, aún cuando de ello dependa la salvación de mi alma.

Por último, algún tiempo después, asistí por

60

casualidad á la comida de unos moros, también amigos, empleados en la aduana del pretendiente Muley Mobamed.

La comida fué en su campo, y aunque solo consistió en el té de rúbrica, uvas, sandía y unas tortas muy agradables, hechas con harina y azúcar, consistiendo el único plato fuerte en un guisote de carnero, con pimientos y tomates cortados á rajadas, confieso que fué la única en que los comestibles no estaban perfumados y eran verdaderamente comestibles. Además, al terminar la comida, que fué al aire libre, pudimos presenciar la ovación de los «frailes» (así llaman ellos á sus sacerdotes, dignidad para obtener la cual, basta saber leer y escribir y observar ejemplar conducta), y un baile rifeño, de monótona y extraña cadencia, que ejecutaban tres muchachos; dos de ellos, con grandes panderas de piel de cabra, tocadas con ambas manos, y el tercero, con una especie de gaita de soni-

do dulce y agradable, formada por dos cañas agujereadas, con una boquilla común de cuerno; al final de las cañas se empalman dos descomunales astas de toro, unidas por una cadena dorada y adornadas con «fantasías» de latón.

De esta manera cumplí mis deseos, tanto tiempo inlogrados, de conocer el modo de alimentarse de los moros.

Ahora puedo decir, y conmigo los que esto lean, que conocemos la mesa moruna en las distintas

-

-

61

clases sociales. La del moro rico de ciudad, la de «medio pelo» y la del campesino moro.

Yo, por mi parte, renuncio de buen grado á todas, pero obligado á elegir me quedaría con la última.

Un viaje á la Kasba de Saida

Un acontecimiento y un viaje inesperado.--A bordo del "Quetzal,,.-Noche toledana.--Curioso desembarco.-Port Say.-Su situación é importancia.-Camino de la Alcazaba.-Llegada y excelente acogida.--Lo que es la Alcazaba de Saida.-El kaid de la caballería.-Visita á la fortaleza.--Horrible espectáculo.--Atenciones molestas.-De regreso.-A Chafarinas.-¡Contrabandistas!--Otra vez en Melilla.

Cierta tarde, cercano ya el obscurecer, hallábame sentado en la Marina, contemplando lo que, Dios mediante, ha de ser con el tiempo puerto de Melilla, puerto en el cual podrán encontrar refugio contra los frecuentes temporales, los barcos que naveguen por estas inhospitalarias costas. Llevaba algún tiempo de meditación, cuando vino á sacarme de ella la llegada de un diminuto y elegante vaporcito, que apareciendo por detrás del torreón de las Cabras, ancló á poca distancia del muelle.

La embarcación de referencia me llamó la atención, por ser desconocida en nuestras aguas; por

64

su pequeñez y por el gran movimiento de moros leales al sultán Abd-el-Azis, que su llegada produjo.

Poco después, mi buen amigo don Juan de Dios Egea, consumado arabista, me ponía al corriente de cuanto deseaba saber.

Estaba el tal barquito fletado por el sultán y traía un cargamento de cuatrocientos sacos de ce-

bada y gran número de cartuchos, con destino al campamento de las tropas leales, situado en Cherráa, próximo al río Muluya y debía zarpar en la misma noche para la playa de Saida, donde efectuaría el alijo, regresando de nuevo á Melilla. La ocasión era propicia y no quise desaprovecharla. Hice á todo escape mis preparativos de marcha; metí en un jaulón algunas palomas mensajeras con que poder dar cuenta á pequeños intervalos de mi expedición, y ya de noche me embarqué en un bote, que me condujo á bordo del «Quetzal», que así se llamaba el vaporcito, previo el consentimiento de las autoridades y del Frajani («el Fraile»), representante en Melilla del Sultán. A las once en punto de la noche levamos anclas y procuré en unión de mi compañero Egea, acomodarme lo mejor que pude, tarea muy difícil de realizar, pues la cubierta, la bodega y la pequeña cámara iban abarrotadas de montones de sacos que llegaban hasta el puente, y el poco espacio libre lo ocupaban los moros, que habían llegado antes que nosotros y dormían á pierna suelta.

65

Apesar del asfixiante calor y del desagradable balanceo del «Quetzal», que se movía despiadadamente por hallarse algo picado el mar, conseguimos dormir vestidos y entre unos sacos, hasta el amanecer, que dimos vista á la playa de destino.

Es esta de fondo tendido y combate en ella el mar rudamente, hasta el punto de que los lanchones que nos condujeron y que no podían atracar á la playa se vieron apurados para no embestir en la arena, así como los marineros para desembarcar nuestras personas y las innumerables cajas y sacos.

Al dar vista á la playa de Saida, estaba ésta completamente desierta, formando un ancho semicírculo, uno de cuyos extremos se perdía allá en lontananza, y el otro, limitado por el próximo cabo Milonia, permite ver el Kiss, colonia francesa, fundada por Mr. Say, que le ha dado el nombre de Port-Say» y que desde lejos presenta un aspecto pintoresco y agradable en extremo, con sus casitas blancas distribuidas entre el verdor de las lomas, en la altura de las cuales hay situados fortines, en los que constantemente ondea la bandera francesa.

Su escasa población, agrupada en la pequeña playa, al pié de las alturas en que abundan los sembrados á la europea, su diminuto puerto casi concluido y sus banderas que le dan cierto sabor

militar, me traían á la memoria esas cajitas, fran-  
9

66

V

cesas también, que contienen un campamento con sus soldados de plomo, sus cañones y moros ó salvajes que lo atacan.

He dicho que el Kiss «desde lejos» presenta un agradable aspecto, y aunque desde cerca continúa siendo pintoresca y agradable su situación, se nota que el lugar que ocupa y sus edificaciones, escalonadas y al tresbolillo, han sido elegido y construidas más bien para producir una agradable y efec-

tista primera impresión, sobre todo, visto desde los vapores que por allí cruzan, que atendiendo á las necesidades comerciales y militares de un puesto fronterizo de contratación, en que la vecindad no ofrece las mayores seguridades.

Para responder á la importancia que indebidamente, en la actualidad al menos, se ha dado á tal colonia, si así puede llamarse, se ha construido un fuerte de escaso valor también (1).

Desierta estaba la playa, como digo; pero no bien habíamos fondeado y empezaba á desatraccarse del costado uno de los lanchones, ya lleno de sacos, cuando de detrás de las arenosas alturas que existen en ella, salieron gran número de moros, tan fornidos como desarrapados, que metiéndose decididamente en el mar llegaban con agua al pecho al lanchón separado de la orilla, porque la playa, tendida en su principio, se hunde de  
(1) Muchos de los trabajadores del Kiss son españoles, como he podido comprobar personalmente.

67

-

pronto; cargaban á la espalda un saco ó una caja y los dejaban en la arena formando montón.

Tuvimos que confiarnos á dos de aquellos atléticos salvajes y á horcajadas sobre sus robustos hombros, llegamos á tierra sanos y salvos, sin otro contratiempo que un baño de pies y algunas salpicaduras, debidas á la fuerte marejada.

Poco después, y como por ensalmo, se levantaba una tienda de campaña en la playa y desde ella el Amín ó administrador que había de encargarse del cargamento, vigilaba y recontaba los sacos y cajas de cartuchos, que iban amontonándose allí cerca.

Invitados por dicho funcionario, tomamos las tres inevitables tacitas de té, que á mi me entonaron el estómago, bastante estropeado por las an-

gustias del mareo á que soy por desgracia bastante propenso, y después de descansar un rato y soltar dos palomas dando cuenta de nuestra llegada, emprendimos la marcha hacia la Kasba ó fortaleza, situada á poco más de dos kilómetros, aunque oculta á la vista por los movedizos promontorios que forma la arena.

La caminata fué desagradable en extremo; nuestros pies se hundían en aquella masa sin cohesión ni firmeza, en que se andaban dos pasos y se desandaba involuntariamente uno. Al sentarlos en el suelo, se notaba la misma impresión que si los hubiésemos colocado sobre una plancha calentada al rojo, y completaban los molestísimos detalles, la

68

-

carencia absoluta de la más ligera brisa y los ardores de un sol candente, que caía sobre nosotros como una ducha de fuego.

Poco después divisábamos las almonadas paredes de la alcazaba y el terreno se endurecía paulatinamente, observándose ya algunos juncos, espartillos y lentiscos. Apretamos el paso, y algunos minutos más tarde, me dejaba caer médio asfixiado en el poyo corrido que á guisa de banco se extiende á lo largo de las paredes del amplio zaguán de la fortaleza y sobre el cual dormitaban algunos moros viejos, en tanto que otros moros jóvenes jugaban á las cartas.

Cuando me encontré con ánimo para hablar, pedí agua, que me trajeron en una jarra de barro, pintada exteriormente con «fantasías» ó arabescos hechos con pintura negra. Aunque la limpieza del recipiente y la transparencia del líquido dejaban mucho que desear, apuré éste con verdadera delicia, devolviendo con ella la humedad que faltaba á mi garganta.

Solo entonces me dí cuenta del desagradable sabor á cieno y materias orgánicas que el agua tenía; pero ya no había remedio.

Acompañados del jefe de la caballería adicta, que se desvivía por agasajarnos después de habernos recibido cordialmente, visitamos interior y exteriormente la Alcazaba.

Es esta un vastísimo espacio cuadrado, que cie-

69

rran altos muros de piedra, con almenillas en su parte superior, sin que en el resto de la construcción se observen aspilleras, matacanes, ni otra abertura alguna, aunque sí cuatro pequeños salientes, en forma de torreones cuadrados, en cada lienzo, desde los cuales pueden batirse estos á todo

lo largo.

La obra, que está situada en el centro de extensa llanura, sin otra vegetación que algunos arbolillos que sombrean la entrada de la Kasba, carece de foso y solo tiene una amplísima puerta en forma de herradura, con dos enormes hojas de gruesos tablones, chapeadas y con remaches de hierro, que dá acceso á un zaguán de grandes dimensiones, con el banco corrido de que antes hice mención.

Al penetrar en este zaguán y cuando una vez atravesado entrábamos en el recinto interior por una gran puerta lateral, por la que cómodamente puede pasar un carro grande cargado, pensé encontrar allá detro cuerpos de guardia, edificaciones, todo cuanto constituye el interior de una fortaleza; pero cual sería mi sorpresa al ver que aquello era solo un espacio cuadrado, al que daban aspecto de feria de pueblo las casuchas hechas de paja y cañas, en que se vendían frutas, carne, velas, té, azúcar, etc., y á un lado y á otro, en repugnante promiscuidad, moros que iban y venían, mulos y caballos atados por las manos á estacas clavadas en el suelo, carneros, gallinas...

Solo allá en un extremo, la lujosa tienda de

-

-

70

campañá forrada de telas de colores formando caprichosos arabescos, propiedad de nuestro guía, el jefe de la gente montada y algunas otras más modestas, daban la nota guerrera. El resto, tenía más aspecto de inmundo zoco (mercado), con su fetidez de orines corrompidos y de montones de toda clase de inmundicias, que de recinto militar.

Atravesamos toda aquella algarabía infernal, despertando la curiosidad de vendedores y marchantes, que nos miraban como á bichos raros, interrumpiendo sus regateos, que hacen á gritos como si peleasen, y fuimos á descansar á la tienda del kaid de la caballería, en la que se habló largamente de la marcha de los asuntos marroquíes y el cual kaid, al saber que también yo lo era de askaris (soldados de infantería) españoles, extremó, tal vez por compañerismo, sus atenciones, hasta el punto de completar la obra de destrucción de mi estómago, empezada por el mareo, haciéndome tomar un número infinito de tazas de té y obligándome amablemente á comer los insoportables platos de la cocina moruna.

Por último me dió la puntilla con un enorme jarro de leche ágría, obsequio expreso para mí, que ellos aprecian mucho y que me ví obligado á aceptar por tales motivos.

Después de otro rato de charla, en que nos comunicó el plan de campaña del príncipe Muley Mustafá, que en aquel entonces se había puesto al frente del ejército imperial, plan que consistía

71

---

sencillamente en permanecer á la expectativa, para que cansadas las kábilas que ayudan al pretendiente y faltas de municiones de boca y guerra, fuesen desertando, lo cual sucede actualmente tal como fué pensado, salimos para visitar la parte interior de la Alcazaba.

Las murallas, huecas en su parte inferior, dejan espacios sin más ventilación que las puertas, dedicándose aquellos espacios á habitaciones para el Alcaide, el Amín ó Administrador, cuadras, depósitos y calabozos.

En uno de éstos, vimos un espectáculo horrible y repugnante; uno de esos espectáculos que raras veces presenciamos en nuestra vida y que quedan grabados en la memoria, con la persistencia del horror. Treinta y cinco hombres jóvenes, hechos prisioneros á Bu-Amama, estaban encadenados unos á otros por el cuello, con argollas remachadas, de las que parten cadenas de una cuarta que se unen á las cadenas de los otros dos prisioneros de derecha é izquierda; los pies van metidos en otras dos argollas remachadas también y unidas por barrotes rígidos que las separan, impidiendo los movimientos. El pie derecho de cada prisionero está unido al izquierdo del vecino por otra cadena y todos tumbados boca abajo y atados los dos hombres extremos á piquetes clavados en el suelo. Solo se les levanta dos veces al día, para comer una inmundia bazofia y evacuar las necesidades corporales.

72

Fuera, aguantando un sol abrasador y encadenados también por el cuello, había otros cuarenta y

seis infelices, escuálidos, con la mirada errante y caras de idiota. Las calenturas, la falta de alimentación, los malos tratos y el horror del porvenir, los había puesto en aquel triste estado.

Pregunté á nuestro guía cual era la suerte que les estaba reservada á aquellos desgraciados y me contestó con la mayor naturalidad:

-«Les saltaremos los ojos, con un hierro ardiendo...

Huímos de aquel lugar con el alma entristecida é indignados ante tamaña crueldad y seguimos nuestra visita por la parte alta, formada por una

estrecha azoteilla ó corredor, que permite el paso por la parte superior de la muralla, desde la cual se puede hacer fuego de fusilería por entre las almenas.

Volvíamos á la tienda del kaid, soltamos con gran asombro de los moros, palomas con despachos de ellos y nuestros para Melilla y nos despedimos, profundamente agradecidos por las atenciones de que habíamos sido objeto, sin visitar el campamento de Cherráa, donde estaban las tropas del Sultán, por carecer de permiso para ello y teniendo

que hacer un verdadero derroche de fuerza de voluntad, pues nos incitaba á ir nuestra indomable curiosidad, alentada por las instancias del kaid, que nos ofrecía guías, caballos y escoltas. Nos despedimos de este, que tan amable había

-

73

1

sido para nosotros y atravesando de nuevo el candente arenal, que quemaba materialmente nuestros pies, emprendimos el regreso, cruzándonos con una caravana de mulos y camellos, en que se transportaban los sacos y cajas que nosotros traíamos con destino al ejército imperial.

Por lo mucho que en la playa batía el mar de poniente, que dificultaba las faenas de descarga, quedaban aún á bordo muchos sacos, por lo cual decidimos visitar el Kiss, que como antes digo, carece en absoluto de importancia.

Separa á esta colonia de la kasba de Saida un profundo barranco, con sus dos lados cortados á pico en tal forma que parecen obra humana. Por ese barranco, corre el río Kiss, que á poca distancia desemboca en el mar.

Saida y el Kiss frente á frente, en ambas orillas, parece que se atisban y se desafían mutuamente, guardándose en ambas el odio de raza, que aunque oculto en los pechos franceses y marroquíes, está pronto á estallar (1).

A las seis de la tarde, y á hombros como en el desembarco, volvíamos á bordo de un lanchón y de él al «Quetzal», zarpando poco después con rumbo á Melilla, pero tuvimos que arribar á Cha-  
(1) Aunque corre como válida la creencia de que esta kasba fué construida por los alemanes, hace bastantes años, no hay tal cosa. Esta mal llamada fortaleza, fué construida modernamente por orden de Abd-el-Azís para oponerse al avance de los franceses.

• 10

74

farinas á causa del temporal. Llegamos de noche, y tomándonos por contrabandistas, no nos dejaron desembarcar hasta el amanecer del día siguiente, siendo vigilados durante toda la noche.

A las diez de la mañana partimos otra vez, y á las tres de la tarde llegábamos de nuevo á Melilla, sin otro contratiempo.

HSSSSSSSSSSSSSSSS+-

Una boda en el Rif

Preparando la excursión.-Hácia el campo moro.-A la luz de la luna.--Los preludios nupciales.-La casa de un rifeño.-La familia mora.-En la cocina de Fátima.--Mi cena moruna.-Zambra y boda.-Extrañas ceremonias.-

Mi vuelta á Melilla

Las mil dificultades que presenta la entrada en las kábilas del Rif fronterizas á Melilla, fueron siempre acicate poderoso, que excitando mi curiosidad, me hacían desear con vehemencia una excursión por aquellos inhospitalarios lugares.

Varias veces, . unas solo y otras acompañado de algún amigo aventurero, me había acercado á los más próximos aduares, sin que lograrse jamás penetrar en una vivienda, pues mucho antes de llegar á los laberínticos cercados, dispuestos expresamente para dificultar el paso, contruidos de piedra y bordeados de punzantes setos de piteras y chumbales, los furiosos ladridos de los perros morunos, mezcla de mastín y lobo, habían ya avisado á los moradores, que con su «fusila» á la es-

-

76

palda, como argumento de mayor fuerza, nos cortaban el paso con no muy amistosos ademanes y unas veces mascullado tal vez amenazas ó injurias, que no otra cosa prometían sus hoscos semblantes, y otras, con la declaración formal y terminante de que si no nos retirábamos presto, lo notificarían al general, cosa que hacían después indefectiblemente, nos retirásemos ó no, añadiendo siempre al hacer la denuncia, que mirábamos ó insultábamos á sus «mujeras», cosa por completo incierta, y que no tenía otro objeto que buscarnos una reprimenda ó un castigo, lograban que nos fuésemos hacia nuestro campo con ademanes dignos y paso mesurado, aunque no muy seguros y mirando de reojo, por lo que pudiera ocurrir. Había aprovechado siempre cuantas coyunturas se me habían ofrecido de hacer excursiones más o menos largas por el vecino campo, llegando en una ocasión en que me acompañaban el teniente Las Heras y un moro, á hacer un recorrido de

muy cerca de dos leguas, siempre lejos de poblado, con el pretexto de cazar perdices.

Esta expedición no llenaba mis aspiraciones, pues no bien divisábamos un aduar ó algún grupo de mujeres que recogían leña, nos obligaba nuestro acompañante á tomar nuevo rumbo.

Es el tal acompañante el moro de Benisicar llamado Mohamed-Ben-Mohamed, al cual había yo curado de no sé qué arraigada enfermedad, gracias á un enérgico purgante y á varias tomas de qui-

--

77

--

nina, que le propiné al buen tuntún, suponiendo que si no lo curaban, tampoco podían perjudicarle. Acerté por casualidad; y al verse curado por completo, se despertó en él tan grande admiración hacia mí, que desde entonces, me cobró un afecto creciente por días, merced á algunos favores que pude hacerle, referentes á concesiones de terrenos y adelantos pecuniarios, que siempre me ha devuelto religiosamente, lo cual habla muy alto en pró de su honradez, máxime, siendo costumbre moruna hacer todo lo contrario. Este afecto ha sido demostrado por él en diferentes ocasiones, y por último, conociendo mis deseos vehementes de presenciar de cerca las costumbres de los kabileños, me anunció en el verano, al terminar la recolección, época de los matrimonios, que muy pronto se llevaría á efecto el de un pariente y vecino suyo con una joven de Frajana, y que me llevaría con él si yo lo deseaba, aunque poniéndome como condición precisa é ineludible el más profundo secreto, pues de no hacerlo así, si llegaba á conocimiento de los kabileños mi intrusión, aun cuando respondía de mi persona, no podría hacer otro tanto con respecto á sus bienes, que serían confiscados.

Acepté la invitación en principio, aunque reservándome el pensarlo despacio, por no ofrecer grandes seguridades el viaje; pero vistas las protestas de mi futuro acompañante, acepté definitivamente la víspera de la boda y me dediqué desde luego

78

á mis preparativos. Adquirí una «chilaba» y unas babuchas de riteño y Mohamed completó mi traje con una camisa moruna, un «jaique» y un turbante. Compré luego los regalos para la familia de aquél, (su mujer y dos niñas), regalos indispensables siempre que en Marruecos se hace una visita y esperé con impaciencia el anochecer del siguiente día, en que debíamos emprender la marcha.

Llegó al fin la hora y poco antes de obscurecer, en una habitación del hotel Asia, transformé mi vestuario.

Despojado de mi traje europeo y recogidos los calzoncillos por cima de las rodillas, coloqué la camisa moruna sobre la mia, me envolví como Dios me dió á entender en el airoso jaique, me colgué el revólver calándome encima la parda chilaba, la capucha de la cual, me eché sobre el turbante blanco que con notable molestia me oprimía la cabeza, y metiendo los pies desnudos en las amplias babuchas, emprendí la marcha al lado del fiel Mohamed, que se reía muy á gusto al verme así transformado, y sobre todo, al ver que mis babuchas salían despedidas á cada paso que daba.

Por fin y bajo una lluvia finísima, emprendimos decididamente la marcha, cruzando las pocas calles que nos separaban del campo; atravesamos la carretera de Cabrerizas y pasando muy cerca de un tejear, abundante en perros, que nos saludaron con

—  
79

--  
sus interminables ladridos, llegamos al río Oro y seguimos su orilla izquierda, por el valle en el fondo del cual, corre.

Poco después aparecía entre la penumbra, allá, en lo alto de una escarpada loma, que domina el valle y las entradas del barranco de la Muerte, la silueta del fuerte Reina Regente, con su airoşa torrecilla, en la que lucía constantemente la iluminada lente del aparato de señales. Cruzamos por allí el río y nos dirigimos directamente al café y aduana rebelde de «Marigüari», situados muy poco más allá de los límites, á la salida del barranco de las Adelfas y sobre la misma orilla del río. Poco antes de llegar á la Aduana, á aquellas horas cerrada, me había encargado Mohamed, que en caso de encontrar á algún moro, debía yo permanecer callado y ser él solo el que hablase, prevención que no hubo lugar de atender, puesto que pasamos sin ser vistos de nadie y saludados solo por los ladridos de los consabidos perros.

Después de pasar cerca de un «Marabut», sepulcro de un santón, que consiste en una cerca redonda de piedra, en el centro de la cual está enterrado el santo al pié de una palma enana, bajamos al lecho del río y siguiendo de nuevo su orilla durante buen espacio, caminamos bajo las copas de los frutales, que asomaban por cima de las cercas no muy altas, proyectando sus negras sombras sobre la arena, que ahogaba el ruido de nuestros pasos, crujiendo suavemente. Torcimos luego el

-

-

80

rumbo, hacia la derecha, y siguiendo unas veces estrechos senderos, que pasan entre los huertos y otras cruzando estos y saltando cercas, echamos repecho arriba, hasta llegar á una covacha artificial situada á media ladera y que Mohamed me dijo estar labrada por él para vigilar de noche su huerta, covacha en la que descansamos, pues llevábamos un buen rato de mal camino y las babuchas me habían rozado el pié derecho. Allí fumamos un cigarro.

Serían entonces las diez de la noche y la luna, que había salido espléndida, me permitía ver el anchuroso valle en toda su extensión, iluminado por su blanda y misteriosa luz.

Tanto el moro como yo, meditábamos sentados sobre las piedras. El tal vez pensaría en el castigo que le esperaba si descubrían mi presencia; yo, al principio, dejé volar la imaginación, que se extasiaba contemplando el hermoso panorama, digno escenario de bíblicas escenas, y después por gradaciones sucesivas, vine á pensar en las inmensas riquezas desperdiciadas por España, en aquellos lugares abandonados á la Naturaleza.

Cuando más abstraído me encontraba en mi meditación, una descarga cerrada, seguida de muchos tiros sueltos y alaridos de mujeres, muy semejantes al silbido de la locomotora, me hicieron buscar instintivamente la culata de mi revólver,

81

sorprendiéndome desagradablemente. Mohamed me miró sonriéndose y me señaló una comitiva que avanzaba á lo lejos, por las laderas de la vertiente opuesta. Era la boda.

Salimos entonces de nuestro escondite y á buen paso, ganamos un caserío próximo, en una de cuyas viviendas habitaba aquél, y á la que nos aproximamos por callejones bordeados de piteras y chumbas, que parecían mejor lechos de torrentes, que caminos para seres humanos.

Estos caminejos, así como las habitaciones, están escalonados y forman irregulares zig-zags, pues los moros disponen siempre sus casas en forma tal, que el acceso sea difícil para los extraños, y la defensa contra cualquier ataque, fácil.

Muy poco antes de llegar á su casa, y en un recodo de uno de los caminos descritos, me hizo señas Mohamed de que me agazapase bajo una pitera, y él desapareció, sin duda para explorar el terreno. Volvió á poco y llevándome de la mano,

me hizo pasar á una plazoleta de fangoso suelo y de allí, por una estrecha puertecilla que se abrió misteriosamente, á un lugar cerrado, que por el olor denunciaba á la legua ser una cuadra; lo atravesamos, salimos á un patio terrizo, en el que dos perros nos gruñeron al paso, y á poco, por otra puertecilla, penetramos en la vivienda de Mohamed, que solo se compone de una estancia larga y estrecha.

11

82

Era esta estancia un cuartucho largo y estrecho, como digo; de techo bajo, formado de carrizos cubiertos de barro; dá acceso á la pieza una puertecilla que se cierra por medio de una tranca interior; frente á esta puerta un telar de mano del sistema más primitivo, en el que se tejen las chilabas para la familia. En los extremos del aposento, dos escalones de una cuarta de altura, con esterillas de esparto, hacen las veces de divanes durante el día y de lechos durante la noche.

Un anafre de barro, un molino de mano formado por dos piedras tronco-cónicas, y algunos cachivaches de cocina, forman el mobiliario de la casa. En las paredes varios pellejos de carnero, inflados, pendientes de estaquillas clavadas en la pared y con numerosas cintas de colores en los muñones correspondientes á las extremidades, hacen de maniqués en que se cuelgan las vestiduras, así como varias ollas de barro y botellas, también pendientes de estacas, de despensa.

La casa, con patio común, tiene dos habitaciones como la descrita, con una puerta á él cada una y forman dos lados de un cuadrilátero. Los otros dos lados, son cuadras y establos, por los que como ya he dicho, se entra al patio, y de éste á las viviendas ocupadas: una por Mohamed con su mujer y dos hijas y la otra por su madre y un hermano soltero.

La mujer de Mohamed, llamada Fátima, y las dos hijas, de unos seis y ocho años próximamente,

-

83

--

Fátima y Mimoún, me esperaban adornadas de sus mejores galas, y en los pellejos de carnero, colgados en las paredes, estaban colocados vistosos pañuelos, blancos jaiques y preciosas vestiduras. Besé á las niñas, dí la mano á Fátima, hermosa joven de unos veinticuatro años, de tez morena, pelo y ojos negros, nariz y boca algo abultadas y agradable aspecto, que me la estrechó sin temor

ni repugnancia, y me dejé caer sobre el escalón que hace de diván y cama, todo en una pieza, entonces mullido con telas y zaleas y cubierto con preciosa manta de fabricación rifeña.

Descansaba; y mientras, los esposos sostenían un diálogo de frases rápidas y cortadas, en tanto que ella preparaba la comida y las niñas me contemplaban con curiosidad.

Encendí un cigarro, me desembaracé del peso de la pistola y mientras Fátima, inclinada sobre el anafre, soplabla la lumbre para hacer hervir el agua en una cafetera, yo contemplaba á la luz de dos bujías colocadas en grandes candeleros de metal dorado puestos en el suelo, su cuerpo de mujer desarrollada y sana, vestida de blanca túnica, sujeta sobre las amplias caderas por ancho y vistoso cinturón de seda de colores; sus senos cubiertos por pesadas piezas de plata labrada toscamente, que dibujan sus turgencias y de las que penden numerosas monedas de plata y cadenillas de lo mismo, que van á morir sobre los hombros, sujetando dos originales imperdibles, también de pla-

84

ta, con largas agujas que sujetan á su vez los extremos del airoso jaique. Sus enormes arracadas, formadas por dos aros de alambre grueso, retorcidos y cuajados de colgantes monedillas, todo ello de plata; sus negras trenzas colgando por delante del cuello y unidas en sus extremos, también por otra cadena y el vistosísimo turbate formado por ancha faja de seda encarnada, que después de dar varias vueltas á la cabeza, viene á terminar sobre la frente en rayas multicolores, de matices vivos, dispuestas verticalmente.

Acostumbrado á que las pocas rifeñas que hasta entonces había contemplado fuesen vestidas de andrajos sucios y de arapos nauseabundos, confieso que la visión de aquella joven agraciada, limpia y hacendosa, con el sello de la agreste virtud, en su porte tranquilo y sereno, me causó profunda simpatía.

A poco, hervía el agua y el marido dispuso el té, que es una infusión del verde, con muchísima azúcar y hojas de yerbabuena, que toman como aperitivo, entre los diversos manjares de la comida, y como digestivo, poniendo especial cuidado en la confección, que se lleva á efecto echando el té á puñados en una cafetera de metal blanco, lavada de antemano interiormente, con agua hirviendo; se ponen luego encima, cuantos terrones gruesos, partidos de un pilón, quepan, y vertiendo sobre el conjunto el agua hirviente. La yerbabuena, se pone en los vasos de cristal con dibujos de colores en

-

que se sirve la infusión; vasos de bonita forma y escasa cabida, pero de los cuales han de beberse varios. Como regla de etiqueta, tres por lo menos.

Dispúsose la mesa, redonda y de una cuarta de altura próximamente, con manteca, miel, pan moreno, higos, carnero guisado, huevos y el inevitable «cuz-cuz», todo lo cual hube de comer con las manos, como único tenedor. Sirviéronme luego, como cosa exquisita, leche agria que no pude atravesar, y después de sendos tragos de té con honores de jarabe, para poder digerir aquella extraña mescolanza, nos dispusimos á salir para presenciar de oculto las ceremonias de la boda, pues las descargas cercanas nos anunciaban que la comitiva estaba ya muy próxima á la casa del novio.

Estaba esta situada muy cerca de la de mi buen Mohamed, y apenas salimos al campo, nos calamos las capuchas de nuestras chilabas y avanzamos por los laberínticos vericuetos, hasta colocarnos junto á la pequeña cerca que limitaba el espacio en que la ceremonia había de tener lugar.

En un cobertizo se había instalado un cafetín, en que á la luz de un farolillo con una vela, se expendía té verde en infusión y cocimiento de café, con más borras que líquido. Bajo el tinglado de la casa, dos gitanos moros tocaban en una flauta de caña y en una gaita formada por un pellejo de carnero, con bocinas también de caña y dos enormes cuernos de toro, con mil «fantasías» ó adornos y

cadena de metal dorado, encajados en las bocinas por sus aserradas puntas y con la base hueca hacia arriba. En estos cuernos echaban monedas los asistentes, para premiar la nunca vista fortaleza de pulmones de los músicos, que hacían sonar el aire con una cadencia horripilante, á la que unían las violentas contorsiones, como de epilépticos, de sus andrajosos cuerpos, desagradando el conjunto á ojos y oídos que no fuesen rifeños.

A esta música original, acompañaban los guturales alaridos semejantes al silbo de la locomotora, de

que antes hablé, lanzados por muchas mujeres, casi todas jóvenes, que con sus vistosas galas, bailaban al compás de la música, una danza de movimientos suaves y ondulantes, un tanto lúbricos, mezclados con repentinos y cautelosos saltos de costado.

No bien habíamos tomado posiciones, cuando

penetraba en el patio la comitiva, deteniéndose á la entrada. Formábanla varios hombres que disparaban sin cesar, y algunas mujeres, conduciendo entre todos un caballo, sobre el cual cabalgaba una figura de mujer, cubierta por flotantes vestiduras.

Terminó la zambra, repetición de otras exactamente iguales verificadas el día anterior en las casas de ambos novios, formaron los hombres en dos filas, desde la puerta de la casa hasta el punto en que había hecho alto la comitiva y se atravesó el

87

caballo al final de aquella calle formada por los moros.

Entonces, de entre el grupo de mujeres formado bajo el cobertizo, salió el novio que recorrió tres veces aquella calle, bajo los simulados golpes de los que la formaban, y pasó otras tantas bajo el vientre del caballo. Hecho esto, ayudó á apearse á la novia, que se unió á las mujeres, las cuales la condujeron al interior de la casa, y los hombres se dispersaron en todas direcciones para disparar sus fusiles con atronador estrépito.

Al poco rato se renovaba la música, el baile y los disparos, continuando la fiesta hasta el amanecer.

Los hombres, sentados sobre las piernas, formando círculo, fumaban y tomaban té, en tanto que otro bailaba en el centro; de pronto, el que bailaba, parábase delante de cualquiera de los invitados, figurando dispararle su fusil; entonces el apuntado, se levantaba, depositaba en una gran bandeja colocada en el centro una cantidad proporcionada á sus recursos, y ó bien continuaba el baile ó apuntaba á otro invitado, que repetía el baile y nuevo disparo simulado.

Es este un medio de recaudar para los gastos de la boda, al que están obligados todos los parientes, numerosísimos en general, amigos y conocidos y que se repite hasta el amanecer, recogándose algunos cientos de pesetas.

Después de las tres de la madrugada, nos retirá-

bamos Mohamed y yo hacia la plaza, explicándome aquél que las fiestas continuarían hasta la salida del sol, hora en que los invitados á estas ceremonias se retiran á los aduares, quedando la novia confiada á las amigas.

Al mediodía entra el novio en la cámara nupcial, entreteniéndose delante de dichas amigas, en desatar algunas «trampas», como ellos les llaman, ó nudos difíciles, que hacen estas con las cintas del tocado de la novia, que es entregada al marido, al

anocheecer.

Cuando amanece el nuevo día, acuden de nuevo los invitados é invitadas, que prorrumpen otra vez en sus alaridos guturales, en tanto que los hombres disparan rabiosamente sus fusiles, ante la repugnante prueba de la virginidad de la nueva esposa, representada por sus ropas interiores. Si esta prueba no existe, el padre se lleva nuevamente á su hija, abonando los gastos de la boda.

Con esta salvaje ceremonia terminan los desposorios.

Entretenidos en esta conversaci3n, marchabamos Mohamed y yo por un estrecho sendero, cuando de entre las piteras surgieron dos moros con sus fusiles en bandolera, en direcci3n perpendicular á la que nosotros llevábamos. Acercáronse sin saludarnos, metieron sus negras cabezas por bajo de las capuchas de nuestras chilabas y después del mudo

89

reconocimiento, sin pronunciar una sola palabra, siguieron su camino, tal vez creyéndome moro, en tanto que yo soltaba el culatín de mi pistola Mauser, que había empuñado á prevención.

Cruzamos nuevamente por delante de la aduana marroquí aun cerrada; seguimos la orilla del río y dimos vista al cuartel de Santiago, cuando empezaba á apuntar el día.

La patrulla de mi Regimiento, que vigilaba los alrededores, nos dió el alto, impidiéndonos avanzar. Hubo necesidad de que declarase en castellano mi nombre y empleo, para que me permitiesen acercarme, con las debidas precauciones. Una vez reconocido, con gran asombro de los soldados, me franquearon el paso. Me despedí de mi fiel guía con un cariñoso apret3n de manos y poco después entraba en mi casa, con no menos asombro de mi familia, ya muy inquieta por mi larga é intempestiva ausencia.

Yo estaba muy satisfecho. Aunque en pequeña escala, había logrado penetrar el impenetrable misterio, observando de cerca como viven y algunas costumbres de nuestros vecinos, tan poco sociables en su campo.

12

Al campamento de Muley Mohamed

I

Viaje del teniente Barbeta al interior.--El centro Hispano-Marroquí.--Sus fines y desaparici3n.--Dos de sus miembros visitan el campamento de Muley Mohamed.--Personajes principales de la corte del pretendiente.--Opiniones acerca de la insurrecci3n.--Su

estado actual.

Las comunicaciones con el interior del imperio, consideradas antes como imposibles, han dejado de serlo de algún tiempo á esta parte.

Si hace algunos años hubiese intentado alguien atravesar por entre las montañas é independientes kábilas de Gualaia, Beni-Senassem y tantas otras, hubiérasele considerado como suicida ó como loco. Pues bien; hace algunos meses, mi querido compañero de Academia, el tan estudioso como intrépido y modesto oficial de Artillería don José Barbeta y Raurell, realizó el peligroso viaje Melilla-Tazza-Melilla, tomando cuantos datos pu-

-

92

diesen interesar, tanto al ejército cuanto á las relaciones comerciales con el interior.

Como resultado de su viaje, en el cual sufrió el arrojado oficial mil privaciones morales y materiales, por haberlo hecho sin saber hablar más que algunas, muy pocas, palabras en árabe, presentó una curiosísima Memoria, que hace poco ha sido premiada con la cruz del Mérito Militar, pensionada con el 10 por 100 del sueldo de su empleo.

Loable en extremo fué la empresa con tanta decisión y valentía acometida por el teniente Barbeta, y todos creían que aquel esfuerzo del desinterés y del patriotismo, que hasta entonces no había tenido precedentes, tampoco tendría en lo sucesivo quien lo continuase; pero por fortuna no fué así.

Poco tiempo después de realizado el viaje de que dejo hecha mención, inaugurábase solemnemente en Melilla el Centro Hispano-Marroquí, bajo la presidencia honoraria del Excmo. Sr. General Gobernador militar D. Enrique Segura y Campoy, inspirador de la idea y constante patrocinador de cuanto tendía á fomentar el comercio y la influencia verdadera en todas sus manifestaciones, de España en Marruecos.

Formaban parte de la Junta directiva de esta Sociedad, para la cual me hicieron el inmerecido honor de nombrarme vocal, individuos civiles y militares entre el elemento cristiano, y miembros

93

mores y hebreos de los más prestigiosos en cada una de estas dos religiones.

Eran los fines del Centro, muerto apenas nacido, por los perpetuos egoismos personales, fomentar, como todos sus congéneres, la influencia española en Marruecos, aumentando las corrientes comerciales, y procurando la enseñanza respectiva de

los idiomas castellano y árabe; establecer comunicaciones con el interior y realizar viajes de exploración.

Bien pronto dió frutos la sociedad, pues fueron muchos los jefes y oficiales de la guarnición que se dedicaron al estudio del árabe, existiendo en la actualidad algunos que lo hablan perfectamente. Las relaciones entre cristianos y mahometanos se hicieron tan cordiales, que hoy son verdaderamente amistosas y exentas de la falsía de antaño y por último, dos de sus miembros más distinguidos, uno de los cuales goza de brillante posición social y ambos entusiastas y decididos, realizaron un viaje de exploración, en el que invirtieron quince días y que ha de ser de positivos resultados para el conocimiento del país vecino.

Provistos de más aparatos y máquinas fotográficas, que de provisiones de boca, y sin otro acompañamiento que dos moros de confianza, vistieron la «chilaba» y el «jaique» y montando en pacíficas mulas, emprendieron su peligrosa marcha, atravesando el Rif y bordeando la turbulenta kábila de los Beni-Senassen, hasta llegar al campa-

94

mento de Muley-Mohamed (el Rogui ó pretendiente), en el que encontraron cordial recibimiento, corriéndose la pólvora en su honor por la entonces numerosa caballería del pretendiente.

Curiosísimos son los detalles del viaje y el relato de las privaciones que el cambio absoluto de costumbres imponía, no siendo la menor la necesidad de guisar sus comidas en la misma palangana en que lavaban las diferentes partes de su cuerpo, por ser el único recipiente que poseían, así como los trabajos y dificultades que ofrecía la obtención de datos topográficos y fotográficos, que habían de hacerse por debajo del jaique ó de las faldas de la «jaima», (tienda de campaña hecha de esterones).

El viaje, con sus más salientes peripecias, será conocido, aunque no muy extensamente, por los lectores, si tienen la paciencia suficiente para pasar la vista por los siguientes capítulos.

Antes de terminar el presente, he de hablar de algunos de los personajes moros, que con sus tendencias á la civilización, protegieron é hicieron factible el viaje á los cristianos.

He de empezar necesariamente por Muley Mohamed, aspirante al trono y sobre el cual circulan tantas leyendas.

Al llegar los viajeros al campamento, fueron recibidos por él con el más cariñoso agasajo, ordenando á su caballería que hiciese los acostumbra-

dos honores, que consisten en correr la pólvora á

95

-

todo escape de sus nerviosos caballos y divididos en dos bandos, que simulan combatir.

Terminada la corrida de la pólvora de que dejo hecha mención y la cordial visita, ordenó Muley Mohamed que se diese á los viajeros una tienda y se les facilitasen á diario los mejores alimentos, consistentes en arroz, gallinas, carnero, huevos, miel, azúcar, té y algunas veces liebres ú otras clases de caza.

La personalidad del pretendiente al trono de Marruecos es una figura de verdadero relieve; su carácter firme, su valor á toda prueba y sus condiciones de talento, hicieron que fuese respetado, no solo en las regiones del Rif, sino en gran parte del imperio, que le considera como el verdadero sultán.

Esas condiciones, hoy bastante eclipsadas, le llevaron de aventurero á la más alta categoría. Estaba apoyado resueltamente por las fuerzas de Bu-Amama, que llevaba consigo los contingentes de Ulad-Sidi-Chej y Chamba. Le siguen también las kábilas de S'Lul, Riata, Guelaia, Branes, Haiaina, L'Utalza y muchas más, que veían en él una esperanza y que hoy le abandonan cobardemente.

En la parte material, hacen agradable á Muley-Mohamed, su constante sonrisa y su aspecto simpático y distinguido, pues si bien no es de elevada estatura, lo erguido del busto, su tez bronceada, con barba y ojos negros y nariz aguileña, le dan

96

-

un tinte señorial y altivo, que suple aquella falta. No es tuerto, pero entorna visiblemente el ojo derecho cuando le hieren los rayos solares ó cuando fija detenidamente la vista en algún objeto.

Ha organizado perfectamente y con profundo conocimiento de las personas, el servicio palatino; llamémosle así, puesto que su palacio es la tienda de campaña, y ha establecido todos los servicios con arreglo á los complicados ceremoniales de las cortes musulmanas.

Desempeña las funciones de introductor de embajadores, el kaid Mohamed-el-Gallati, persona de imperturbable seriedad y de extremada finura y corrección. Su «jalifa» ó segundo, secunda á su jefe y se inspira en su agradable trato y en sus formalismos. Mul-Ludo, que así se llama, es un negro alto, simpático y agradable á quien se dice que

Muley Mohamed distingue con su amistad y verdadero cariño.

De las caballerizas, es jefe Mul-Rua Kaid Semarani, persona también de agradables modales, serio, formal y de correctísima amabilidad, recomendable por sus inmejorables condiciones, así como el Hach-Tayyeb, encargado de las armas, listo, activo, nervioso y verdadero tipo del soldado avezado á la lucha.

Estos eran los personajes más allegados á la persona de Muley Mohamed, estando el resto del personal perfectamente elegido.

En cuanto á los altos cargos, no inmediatamen-

-

97

--

te afectos á su persona, estaban asimismo bien elegidos, sobresaliendo tres personalidades: el Mirabachs, jefe de toda la infantería, el kaid Buchail-el-Ducali, hombre valiente, franco, buen tipo, de unos cuarenta años y del cual conservan buenos recuerdos los viajeros: el kaid El-Bachir-El-Chergui, kebir de la mehalla (columna), buen sujeto. afectuoso y caballero y el kaid Tenesamani, igualmente caballeroso, amable y hospitalario.

Los viajeros creían que la insurrección duraría mucho tiempo, si es que no coronaba muy pronto el éxito los planes del pretendiente, (1) que fué entonces á Zeluam á completar su ejército, así como todos los servicios auxiliares y á reforzarlo con contingentes del Rif, para atacar después á los Beni-Senassen.

Niegan la posibilidad de que las tropas de Muley Mohamed hayan sufrido ningún descalabro, pues la tranquilidad y buen espíritu reinantes en el campamento, demostraban lo contrario (2)

(1) Actualmente van de «capa caída».

(2) En la época en que se escribió este trabajo (Julio de 1905), abogaban los viajeros hasta por conceder la beligerancia y un empréstito á Muley Mohamed, fundándose en que su ejército estaba mejor organizado que el del Sultán.

En la actualidad (Noviembre de 1906) ha variado mucho el aspecto de los asuntos. El pretendiente, que había ido á orillas del Muluya á derrotar al ejército imperial, ha sufrido varios descalabros por su indecisión, y abandonado de los kabileños, se ha refugiado en el campamento de Zeluam, perdiendo cada día más partidarios.

13

Π

to do do do

## II

Importancia y dificultades del viaje.--La partida.-La primera jornada.-En el aduar.-Paso del Muluya.--En la Zauia de Sidi-Mohatar.--Cura de enfermos y heridos.-En la Kasba de Sidi-Melluck.-La centinela.--Partida para el campamento de Muley-Mohamed.

El viaje de que vengo ocupándome era tanto más difícil, cuanto que la menor imprudencia podía acarrear, no ya el fracaso de la expedición, que en todo caso hubiese sido lo de menos importancia, sino la imposibilidad de exploraciones sucesivas, la ruptura de amistades, hoy tan cordiales con nuestros vecinos, y el malogramiento de los excelentes frutos, que la política de los gobernadores de Melilla viene produciendo; frutos que como digo, consisten en una buena amistad y una cordialidad de relaciones con los moros fronterizos, que jamás existieron hasta hoy.

Por estas razones, y convencidos los expedicionarios de la importancia de su viaje, hicieron todos los preparativos minuciosamente y á conciencia; y una vez convencidos de que todo cuanto pudiera

100

tender á la evitación de un fracaso, estaba hecho por su parte y de que si su empeño no tenía un fin satisfactorio, había de ser debido á las circunstancias y nunca á falta de previsión; todo listo, escritas las cartas que en estos casos son de ritual entre los moros, anunciando la marcha y acompañados solamente por Mohatar, antiguo y fiel amigo de España y por el Hasch el-Taieb, moro también amigo, emprendieron la marcha el 10 de Julio de 1905, atravesando las kábilas de Guelaia (Mazuza y Beni-Buifrufr), Ulad-Stud, Beni-Bullagi y Amalato de Angad, así como los ríos Muluya, Keseb é Isly, y bordeando la turbulenta kábila de los Beni Senassen, que se hallaba entonces dividida en dos bandos y que para sortearla al regreso, hubieron de efectuar una jornada de ochenta y dos kilómetros en catorce horas, sin agua y bajo un sol abrasador.

Durante el primer día de jornada en que los mosquitos, el sol que quemaba, la falta de costumbre de montar en cabalgaduras morunas con sus arreos incómodos y lo molesto del nuevo traje, hacían más penosas las dificultades del camino, encontraron gran número de moros, algunos de los cuales, creyéndoles «cheriffs» (jefes), por sus vestiduras, besaban el borde de estas, en tanto que la mayoría, reconociéndoles como tales cristianos, saludaban á los guías, contemplándoles á ellos con curiosidad y proseguían su camino volviendo la

vista atrás y pronunciando frases ininteligibles;

101

tal vez saludos ó tal vez maldiciones, pero sin hacer la menor demostración hostil.

En esta forma, y siendo cada vez más escasos los encuentros á medida que se internaban, recorrieron un buen número de kilómetros, en los que era lo mejor no tenerlos, en la duda de si serían ó no amigos los que se cruzaban; tanto, que el Hasch, apenas divisaba un «gaitón» (pequeña tienda que llevan los moros en sus viajes), pedía la «meraia» (gemelos) para ver á que casta de moros pertenecía.

Muy cerca de la noche, llegaron los viajeros al aduar del Chej Kaddur, donde fueron afectuosamente recibidos, presentándoles la «muna», consistente en carnero asado, gallinas, manteca rancia y el clásico «cuz-cuz».

Compónese el aduar de una serie de jaimas ó tiendas dispuestas en círculo, con sus entradas hacia afuera y rodeadas de otro círculo mayor de espinos que sirve de cerca. En el interior se recoge el ganado.

A este aduar llegaron los expedicionarios, rendidos de cansancio, de calor y de sed, presenciando la curiosa cuestación que entre los del aduar se hacía para completar la muna; cuestación en que cada uno pone su parte de harina, pan, dinero y manteca rancia; siendo esta apreciada como nuestros vinos, por su antigüedad, y descando obsequiar debidamente á los viajeros, no hay que decir que la cena fué condimentada con la más añeja

-

-

102

que pudo encontrarse y á la que tuvieron que hacer honor entre las más terribles bascas, producidas también por el sebo, que entra como uno de los principales condimentos de la cocina mora, con el consiguiente detrimento de los estómagos «rumies» (cristianos), que no poseyendo bebidas alcohólicas con que atacar la grasa, hubieron de contentarse con sendos tragos de agua.

Retiráronse por fin á una de las tiendas que se había mandado desalojar para ellos, y mientras el fiel Mohatar hacía centinela á la puerta, después de algunos tragos de rom, que para pasar la grasa tomaron de una botella que llevaban escondida, por estar prohibida por el Korán toda bebida espirituosa, lo que no quita para que ayudase á consumirla un robusto negrazo del campamento de Muley Mohamed, dispusiéronse á dormir, lo que

conquistaron tras grandes esfuerzos de voluntad, pues con ellos hicieron cama redonda, carneros, cabras y gallinas, y lo que es peor aún, correderas, arañas y otros insectos.

Al amanecer del día siguiente emprendieron de nuevo la marcha, atravesando el Muluya, río el más importante de la región y en el cual han sido saqueadas al vadearlo, todas las caravanas que no llevan fuerte escolta. Sin duda por ello, recomendaron los guías silencio, así como que no bebiesen agua de la corriente «por vivir en ellas la calentura», según indicaron con su pintoresco lenguaje habitual; pero era tal la sed abrasadora, que lejos

-

103

-

de obedecer el consejo, bebieron con avidez, siguiendo luego por un terreno árido y sin vegetación, que se extiende entre Zeluan y más allá del Muluya, campo en que solo se distinguen algunas que otras matas de esparto y en el que el sol cae de piano.

Por fin, rendidos y extenuados, llegaron á la Zauia de Sidi-Mohatar, de la kábila de Beni-Ukil, fracción de los Beni-Senassen.

Entiéndese por Zauia (seminario), una escuela donde se estudian los comentarios y comentaristas del Korán, existiendo además las «Nedarsa» ó escuelas de primeras letras y la de estudios superiores en Fez.

En esta Zauia fueron recibidos los expedicionarios, que tomaron asiento en una frondosa huerta, abundante en árboles frutales y que á pesar de estar labrada sin orden ni concierto, les pareció un verdadero edén después de la penosa jornada.

A los curiosos causó gran hilaridad el que uno de los viajeros pidiese una ensalada, único alimento que apetecía, brindándoseles en cambio el consabido carnero cargado de especias y manteca rancia.

.

El recibimiento fué cariñoso en extremo, y en justa correspondencia, hubo que curar á los heridos y enfermos, pues los moros creen que los cristianos instruidos son todos médicos y los que nos ocupan, llevaban á prevención su botiquín, corriendo á cargo del principal de ambos, la visita

104

-

y cura de una de las mujeres, favor señaladísimo. En este punto recibieron una de las mayores pruebas de afecto y confianza dadas á un europeo,

pues el encargado de la Zauia les hizo tomar el té con las mujeres, cosa nunca vista por el principal de los viajeros á pesar de sus largas estancias en diferentes puntos del interior de Marruecos.

A su disposición se puso una de las mejores habitaciones, en la que lucían espléndidos tapices y mullidas colchonetas; pero ni aún así pudieron descansar, por el gran número de bichos de todas castas que eligieron sus cuerpos como lugar de paseo.

Al nuevo día continuaron su viaje, llegando á la Kasba (fortaleza), de L'Ayun de Sidi-Melluck, donde estaba el jefe principal de palacio de Muley Mohamed, kaid Mohamed-el-Gallati, de que hago mención en el capítulo anterior.

La habitación que se les ofreció era de las mejores, y el trato tan extremadamente amable, que por poco les hacen reventar á fuerza de alimentos tan variados y abundantes, como poco á propósito para estómagos europeos.

Después de visitar el morabito de Sidi-Abajo, enterramiento de éste santón, y que es un lugar muy venerado y lujosamente adornado con filigranas de oro y plata, se entregaron al descanso bajo la salvaguardia de un centinela (Asá), puesto expresamente para que nadie interrumpiese el sueño

105

de los viajeros y vigilar atentamente que nadie pudiese acercarse á hacerles mal alguno.

Este centinela tuvo á bien irse á dormir, apenas colocado.

Poco antes de amanecer, despertaron los expedicionarios á las voces de ¡Ah... el-Asá! repetidas con diversos tonos y á grito herido, llamando al centinela, que cuando apareció buen rato después, fué recibido con un diluvio de denuestos, palos y patadas.

Aun duraba la felpa, terminada gracias á la intervención de los viajeros, cuando estos emprendieron nuevamente la marcha, llegando el mismo día al campamento de Muley Mohamed.

1

14

+SSSSSSSSSSSSSSSSSSSS¶

III

Última etapa.--La leyenda de Beni-Busgá.--Llegada al campamento.--Ceremonial de las recepciones.--Como se establece el campamento.--El Ferag.--Diversas clases de tiendas moras.--Invitación de Bu-Amama y regalos de Muley-Mohamed.

Después de la salida para el campamento de Mu-

ley Mohamed, á que hace referencia el capítulo anterior, atravesaron los viajeros el desierto de Angad, extensísima llanura sin cultivo ni vegetación alguna, en el cual cae el sol tan de lleno, que tuvieron que imitar á sus guías, los cuales se cubrían la cabeza y cara con los «jaiques» dejando solo al descubierto los ojos.

Unicamente cerca de L'Aiun, de donde habían salido al amanecer del día trece de Julio, existe alguna vegetación.

A la derecha dejaron los montes de Beni-Busgú, cuyas vertientes cubiertas de frondosísimas arboledas, frescas huertas y poéticas casas, que se ven en lontananza, hacen verdadero contraste con las arideces de Angad.

El kaid de aquellas kábilas, dícese que poseía

108

inmensas riquezas, que aun hoy yacen enterradas entre las ruinas de sus viviendas arrasadas en venganza del hecho que voy á referir.

El referido kaid, llamado Hamedá, fingió someterse á Muley Mohamed, ofreciéndole una hija suya en matrimonio é invitando á comer con este motivo á los principales kaides de la mehallá (columna) de aquel.

Acudieron á la invitación veintitrés, que á medida que llegaban eran recibidos con las más afectuosas frases de bienvenida y se les recogían las armas en señal de confianza, haciéndose lo propio con sus criados y escoltas.

Empezó la comida, y á la señal convenida que era el grito de ¡Si Sala!, fueron acuchillados todos los concurrentes por la familia de Hamedá, salvándose solo tres: el Hasch Taieb, acompañante de nuestros viajeros; el kaid Maimón, de nuestra vecina kábila de Mazuza, y otro. Los criados fueron muertos también sin excepción, así como los escoltas.

Poco después del mediodía llegaron los viajeros al campamento de la mehallá. quedando agradablemente sorprendidos con la animación, luz y color propios que ofrecía á su vista. Sin embargo, rendidos por el cansancio y por la sed, después de beber ávidamente agua con unas gotas de rom, cuya botella ayudó á consumir un robusto negrazo de la servidumbre imperial, tumbáronse á dormir en la tienda que les fué designada, en tanto que uno

109

de los guías velaba su sueño y el otro, el Hasch Taieb, daba los pasos necesarios para la presentación.

Poco después vinieron á avisarles que Muley

Mohamed estaba dispuesto á recibirlos; y arreglándose á toda prisa, acudieron al salón de recepciones, tal vez más hermoso y de mayor magnificencia que los de las cortes europeas, puesto que tenía por decoración el campo; al fondo, un espeso y fresco bosque, debajo de cuyos árboles se situó el sillón del Sultán (Muley Mohamed); á un costado el pintoresco campamento, despoblado entonces, por haber acudido todo el que no ocupaba puesto oficial á formar en compacta masa, para presenciar la ceremonia; al costado opuesto y en la parte de detrás, formada en semicírculo, toda la caballería de Bu-Amama, con el abigarramiento de colores de su diversidad de vestimentas y los fusiles al hombro con las bocas hacia atrás.

El sillón tenía por dosel una tienda de campaña con su puerta levantada y sostenida por pies derechos y cubriendo el suelo magníficos tapices morunos, así como todo alrededor, como figuras decorativas, los insauris ó cortesanos.

Al lado derecho del sillón se hallaba colocada la papelera donde el sultán guarda sus documentos importantes y el dinero en oro y billetes; á derecha é izquierda dos sillas, en las que había colocadas dos pistolas sistema Browning, una Mauser, un fusil de este último sistema, otro Lebel y dos ri-

1

F

110

-

fles; y delante de la tienda, un espacio de unos veinte metros, limpio de hierbas y piedras.

No mucho después, tocaban llamada los tambores; sonó una música como de gaitas y tambores; oyóse en confuso clamoreo el grito de ritual: ¡Alah ibare hamar Sidi!, prosternáronse todos con el rostro contra el suelo, y siempre acompañado de la música estiuendosa al par que dulzona, seguido de su corte, presentóse Muley-Mohamed con magistoso continente, montado en brioso caballo con lujosa montura de estribos riquísimos, repujados en oro y plata; apeóse, y tomando asiento, principió la audiencia con los complicados ceremoniales de ritual, teniendo los cortesanos ceñido el alfanje y quitado el turbante, que no puede ponerse nadie ante el Sultán.

Para ser recibido, ha de presentarse una instancia al jefe superior de palacio, que la somete á la consideración de Muley Mohamed y este accede ó no á recibir á los solicitantes. En el primer caso, el Mul Insuar, (introduccion de embajadores), los llama, y ellos, descalzos, acuden por el lado derecho, corriendo necesariamente, y formando un ar-

co de círculo frente al sillón. Entonces acude, corriendo también, el introductor; hace la presentación y vuelve siempre corriendo á su puesto; se prosterna y grita: ¡Alah ibare hamar Sidi!, repitiendo estas palabras todos los presentes por tres veces.

Si los presentados traen algúu caballo de regalo,

—

111

1

se pasa por delante del sultán y si es algúu otro regalo manuable (1) lo entregan envuelto en un pañuelo de seda.

Terminada la audiencia se retira Muley Mohamed con el mismo ceremonial, volviendo cada cual á su tienda.

Sin embargo, el día de presentación de nuestros viajeros se prescindió de las carreras, y al terminar les hizo permanecer á su lado; abrióse el abanico formado por la caballería, que se replegó á ambos costados cargando sus armas, y con ímpetu salvaje, partiendo á galope de sus caballos, se mezclaban unos y otros entre furiosas descargas hechas en todas direcciones, en tanto que los cuatro cañones tronaban, ahogando los alaridos de la multitud y los acordes, ó mejor dicho, desacordes de la música.

Terminado aquel fantástico recibimiento y antes de volver á su tienda, visitaron el campamento formado de la manera que voy á describir como Dios me dé á entender.

Muley Mohamed designa por sí mismo el sitio para sus tiendas, que son cuatro; alrededor de ellas, se clavan pies derechos que sostienen un telón circular de altura tal, que un hombre á caballo no puede observar lo que pasa en el interior. Este bastidor y el espacio que limita, se llama «ferag». (1) El regalo, de mayor ó menor valor, es indispensable siempre en estas visitas.

112

—

Inmediatos á este y atados por las manos á una cuerda sujeta con piquetes, están los caballos del pretendiente, que eran entonces alrededor de ciento, y de los cuales, tanto en campamento como en marcha, hay siempre seis ensillados y dispuestos al primer aviso.

Cerca de las tiendas del pretendiente y en un radio de unos cien metros, levantan las suyas los de la «mehalla», tanto más próximas cuanto mayor sea su categoría; pero siempre con la entrada mirando al Este.

Los moros clasifican las tiendas en tres clases: Cobba, que es la mayor, forrada interiormente hasta de seda, como las de Muley Mohamed; Hassona, muy parecidas á nuestras tiendas cónicas, y Gaitón, que está formada por una lona, paño de lana ó estera, sobre un caballete á dos aguas.

Al regreso á la tienda, recibieron los viajeros un obsequio del sultán, consistente en una magnífica cafetera para agua; té, azúcar, galletas, manteca rancia, carnero, huevos, gallinas, pastas morunas, etc., etc., así como una invitación de Bu-Amama, (que es un hombre, de lengua y revuelta barba blanca y que por su importancia se sienta al lado de Muley Mohamed en las audiencias), para que visitasen su tienda al día siguiente, lo que no pudieron hacer por haber emprendido la marcha en dicho día la «mehalla».

#### IV

En el campamento de Muley Mohamed.--El zoco.--Venta de caballos.--Los hebreos.--Marcha de la mehalla.--Como se organiza la columna de marcha.--Diferentes puntos de etapa.--La kasba de L'Aiun.--Última visita á Muley Mohamed.--Obsequios y buenas disposiciones de éste.--El regreso. Un banquete.

Aparte de las diversas tiendas que componen el campamento de Muley Mohamed y de las que hablo en el capítulo anterior, existe á un costado de aquel, una agrupación de gaitones, donde los comerciantes moros y hebreos expenden sus mercancías, entre las cuales son las más importantes, los cartuchos de fusil de todos los sistemas conocidos, té, azúcar de pilón, unas especies de churros de masa correosa, cebada, gallinas, carneros, ropas, etcétera.

Existen también los gaitones cajua, (escrito tal cual se pronuncia), ó sea las tiendas-cafés, donde se expende este brebaje y el té con yerbabuena.

Se venden también caballos, que montados por un pregonero negro, recorren el zoco ó mercado.

15

-

-

114

El

pregonero grita el precio, adjudicándose al mejor postor y separándose del total de unidades monetarias, tres; dos de ellas para el alcaide del zoco y una para el pregonero.

Como detalle de importancia debo consignar, que las transacciones se hacen invariablemente en moneda española, que es la más apreciada, ó en

moneda moruna.

Un duro español, vale seis pesetas morunas, y á la peseta le llaman franco.

Los comerciantes hebreos, despreciados en todo el imperio, pueden transitar y transitan por él, pero con la condición de ir vestidos de negro, con las babuchas del mismo color, así como un pañuelo á la cabeza en vez de turbante, colocado como nuestras mujeres del pueblo, ó sea anudado bajo la barba y con los picos cayendo sobre la espalda.

El día siguiente al de la llegada de los viajeros, emprendió la marcha la «mehalla» sin previo aviso, pues el pretendiente no dice jamás cuando vá á salir, hasta una hora antes que llama á los kaidés les indica el rumbo.

y

Las marchas son solo de unos ocho ó diez kilómetros.

Al presentarse los viajeros, hicieron presente á Muley Mohamed sus deseos de continuar el viaje hacia Tazza; pero este les dijo que permaneciesen con él veinte días, pues los caminos no estaban seguros entonces y él tenía el deber de velar por

--

115

ellos. En su consecuencia, emprendieron la marcha con la «mehalla».

A los pocos instantes de dada la orden de marcha, abatiéronse las tiendas y una hora después la emprendía la impedimenta, compuesta por las acémilas cargadas con todos los efectos del campamento y del «zoco», que marchaban á establecerse, en el nuevo punto indicado por Muley Mohamed y tras ellas, como media hora después y en el orden que explicaré, usado en todas las marchas, la «mehalla» ó columna de combate propiamente dicha.

Rompe la marcha un robusto mocetón negro como el ébanò, á caballo y portador de la bandera verde del profeta, al cual rodean cantando diez ó doce hombres, negros también. Sigue la artillería, que se componía entonces de cuatro cañones antiguos de montaña, á lomo de potentes mulos; á continuación la silla de manos del sultán, que debe ser apreciadísima por éste, puesto que en el campamento tiene una tienda especial y en las marchas vá conducida como un palanquín, por dos mulas ricamente enjaezadas.

La armadura de esta silla de manos es de maderas preciosas, con numerosas fantasías ó arabescos de colores y con cristales. Tiene un departamento para los libros sagrados y se dice que en ella vá la

favorita, cuando viaja con él. En el interior lleva riquísimas telas y cojines y el sultán rara vez la usa, pues generalmente vá detrás á caballo rodea-

116

-  
do de sus criados, en la mayoría jóvenes esclavos negros, ricamente ataviados, que no llegan á los diez y siete años; de los cortesáños, de los caballos de repuesto conducidos del diestro y de la caballería, que ocupa más de un kilómetro.

Durante toda la marcha, y á pesar del sofocante calor, no cesa un punto de tocar la consabida música, que tiene la obligación de hacerlo desde que Muley Mohamed sale de su tienda hasta que vuelve á ella, sea cualquiera el número de horas que tarde en efectuarlo.

En esta forma y en siete jornadas consecutivas, recorrió la «mehalla» y con ella nuestros viajeros, Sidi-Musa, Ain-Tinsi, Yebel-Skara, Dar-Ramadán, Beni-Busgú y el A'iun Sidi-Melluck, último punto de etapa, que es una gran kasba, alrededor de la cual hay un mercado constante, lo que le dá gran importancia y animación, habiéndose formado en sus inmediaciones un pequeño pueblo.

En este punto, tenía entonces sus mujeres á las cuales visitó después de diez días de ausencia, Muley Mohamed.

Dícese que son quince, la mayor de otros tantos años, aunque nada puede asegurarse respecto á este punto.

En la actualidad todas y el resto de la familia, se encuentran en Tazza.

En la columna y durante las marchas, van los presos, que eran entonces cuatro, asegurados por fuertes argollas que les rodean el cuello, unidas á

117

una larga y pesada cadena, y el último de ellos vá además sujeto por una cuerda, cuya extremidad lleva en la mano un askari (soldado).

En el A'iun recibió Muley Mohamed á los viajeros, que en vista de que no podían seguir su proyectado viaje por las mil dificultades y peligros que los caminos ofrecían, se despidieron de él para Melilla, á donde pensaban regresar por el mismo camino que á la ida.

El pretendiente en sus entrevistas, tuvo siempre frases de consideración y respeto para los españoles en general y para los viajeros en particular, que le vivirán siempre reconocidos por las mil atenciones que con ellos tuvo y se hace lenguas de su buen proceder, viendo en él una esperanza para lograr la tan deseada penetración pacífica en Ma-

rruecos.

Antes de partir y para atender á las necesidades del viaje, les envió víveres de todas clases, y como obsequio especial, apreciado por los moros, una pierna de carnero asada al horno y rellena con el clásico «cuz-cuz». Asimismo les facilitó una escolta de seis soldados, acompañándoles una caravana compuesta de gran número de acémilas de vacío, que venían á Melilla á cargar víveres y efectos para el campamento rebelde, al cuidado de otros tantos acemileros armados.

También acompañaban á los expedicionarios el Hasch Taieb y el fiel Mohatar, que con ellos habían salido.

-

118

Después de un gran rodeo, para esquivar el encuentro con los de Beni-Senassem y de peripecias en un todo iguales á las de la ida, llegaron sin novedad á la posada moruna del cabo (kaid) Moreno, situada en nuestros límites y donde, avisados de la llegada, por un moro, acudieron para recibirlos, gran número de jefes y oficiales de la guarnición y personas del elemento civil, que hicieron á los viajeros objeto de una ruidosa ovación.

Pocas noches después, en uno de los mejores hoteles, se daba un banquete en honor de los expedicionarios, haciéndose votos por la prosperidad de ambos.

Las circunstancias especiales del viaje y el estar terminantemente prohibida por el Korán la reproducción de la figura humana, impidió hacer uso de las máquinas fotográficas en el campamento.

Las pocas vistas que se tiraron, hubo que hacerlas levantando las faldas de la tienda, resultando inútiles unas y otras de escaso efecto, por no ser posible abarcar campo alguno.

Fué una verdadera lástima no poder utilizar este medio gráfico, con el cual se hubiesen sorprendido curiosísimas escenas.

El campamento de refugiados

La lucha de kábilas.-Llegada de los vencidos.-

Doloroso espectáculo.-Las tiendas.-Un episodio.-Desagrado.

-El trabajo de la mujer y de los hombres.-

Autoridades y tribunal de moros.-

Chiquillos y perros.-El barrio moro es necesario.-

El campamento de

hebreos

7

El año 1903, fué de continuas revueltas entre los rifeños. La terrible y fratricida guerra de kábilas, provocada por el Rogui, los dividía, y al fina-

lizar el año de referencia, una de sus contiendas dió por resultado la total destrucción de la de Frajana, ardiendo los aduares, de los que se llevaron los partidarios de la insurrección hasta las ligeras y resistentes vigas de pitera; las siembras arrasadas, confiscados los granos que se guardaban en los silos, arrebatados los ganados y aves y muertos muchos de los «fracanías». Los que quedaban, decidieron al verse sin hogar ni recursos, refugiarse en Melilla, llevando por delante sus mujeres, sus hijos, el ganado que pudieron salvar, y cuanto les quedó después de la devastación.

120 -

--

Una tarde de Noviembre, bajo una lluvia torrencial, hicieron su entrada en nuestro campo aquellos vencidos, con sus infelices mujeres caladas por la lluvia, agobiadas bajo el peso de la inmensa balumba de telas y cacharros, que á costillas trasportaban y humilladas por la vergüenza que para ellas suponía, el tener que mostrarse ante los «rumías» (cristianos), á los que jamás habían visto hasta entonces y con aquellos desgraciados niños, que conducían el ganado, ayudando á sus padres, no obstante sus pocos años.

El cuadro no podía ser más desconsolador. Hombres, niños, vacas, mujeres, burros, caballos, cabras... todo en confuso montón, cubiertos de lodo y calados de agua, se dirigían hacia nuestro campo, mezclándose el aullido de los perros, el balar de las ovejas, los relinchos, los mujidos y las voces de los hombres; el llanto de las criaturas y las lamentaciones á grito herido de las mujeres, con las carreras y el chapoteo en el encharcado suelo, en tal forma y componiendo un conjunto tan discordante y aterrador, que solo habiéndole visto, puede uno formarse idea de la honda tristeza que tal espectáculo producía en el ánimo.

En el semblante de los hombres, se notaba la desesperación por la terrible derrota y por su impotencia para la venganza de un hecho, que los dejaba en la más tremenda miseria; en el de las mujeres, se advertía una mezcla del horror producido por el incendio y la muerte ya pasados, y la des-

121

confianza del presente, que desapareció bien pronto al ver las atenciones de que eran objeto.

Ya al día siguiente y por no desmentir el sexo, observaban con curiosidad los trajes, adornos, y sobre todo, el peinado de las muchas señoras y señoritas que fueron á visitar el campamento.

Este se había instalado provisionalmente en la

playa de los Cárabos ó de Triana, siendo luego trasladado á las alturas de Camellos, entre el fuerte de este nombre y el de Alfonso XIII, donde aún subsiste.

Muchas han sido las veces que lo he visitado, sin que hasta la fecha haya podido definirme á mí mismo, si la impresión que me causa es de lástima ó de desprecio. Tal vez sean ambos sentimientos reunidos; el primero, por la que me inspira todo el que injustamente, y defendiendo sus ideales, sean cuales fuere, ha sido despojado de todo cuanto constituye su modo de vivir. El segundo, porque esos hombres, antes dignificados por la desgracia que les ocasionó la defensa de sus legítimos intereses, se han acostumbrado á la holganza, á vivir del pan del destierro y de la cebada que el gobierno español les facilita y á, lo que es peor aún, á la piratería callejera; y porque las mujeres, antes recatadas, vuélvense ahora algo libres, habiendo llegado algunas á prostituirse indignamente por interés.

Forman el campamento algunos cientos de tiendas

1

1

--

122

--

das de campaña (1) facilitadas por nuestro gobierno y colocadas simétrica y paralelamente, formando calles.

Dentro de cada tienda, con muretes de barro de unos treinta centímetros de altura y bien blanqueados, han construido sus habitantes defensas contra las aguas y separaciones, que destinan á dormitorios unas, y á cocina y taller otras.

Es claro, que de una á otra habitación, se pasà fácilmente, con solo levantar algo más el pié.

Dentro de las tiendas hacen todos sus menesteres: cosen, cardan lana, guisan, hilan por el procedimiento de la rueca, tejen, etc., etc.

Y á este propósito, recuerdo que visitando una tarde el campamento, ví en una de las tiendas una agraciada morita de unos trece ó catorce años, de mirada dulce y agradable, que tejía tela parda de lana para una chilaba, en un telar de lo más primitivo (2). Pedíle permiso para examinar el artefacto y el trabajo, y cuando tímidamente me hizo señas de que me asomase y me disponía á entrar, una horrorosa vieja, con los ojos fuera de las órbitas, vomitando frases incomprensibles, de las que (1) Hoy han desaparecido casi totalmente las tiendas, sustituyéndolas casitas de piedra y barro.

(2) Compónese de un bastidor cuadrado. cuyos hilos se atírantan por medio de cañas atravesadas; por entre aquellos, se coloca la lana á bandas blancas y negras, que luego se traban y apelmazan, por medio de golpes dados con un peine con mango.

-

123

solo pude comprender rumí pierro (cristiano perro), me cortó el paso amenazándome con los puños, que me metía por los ojos.

Miré á la jovencita, y al verla pálida y temblorosa, perdoné de buen grado la ingratitud de aquella arpía, que tan mal pagaba los favores recibidos de los rumies y me retiré ante la mirada suplicante de la niña, que desde entonces me saluda afectuosamente con la mano, desde lejos, como amiga agradecida, cuando vuelvo al campamento.

La conducta de la odiosa vieja es muy común entre las mujeres de cierta edad, habitantes del campamento, que escupen despreciativamente, cuando pasa algún cristiano.

Las jóvenes, sobre todo en presencia de hombres de su raza ó de ancianas, aunque fingen ocultarse y despreciar al cristiano, atisban disimuladamente por entre los pliegues de su vestidura ó por los resquicios de las tiendas, sin que en sus curiosas miradas se note odio alguno.

Estando solas ó en grupos de jóvenes, hablan y bromean con los transeuntes.

En el campamento, todos los trabajos son desempeñados por las mujeres; ellas van con sus cántaros, anchos de panza y planos de fondo, que llevan atados á la espalda, á buscar agua á los pozos cercanos; ellas hilan, ellas cardan, ellas salen muy de mañana para recoger leña en nuestro campo, con la cual, descalzas de pié y pierna, vuelven cargadas como bestias al medio día; ellas guisan, ama-

\*

:

124

-

1

san y cuecen el pan de cebada... ellas en fin, hacen todo el trabajo rudo.

Los hombres en tanto, trabajan... en tomar vasos de té en los cafetines, que se hallan establecidos en jaimas, en los ángulos del campamento; en tocar en el guembri, pequeña guitarra de dos cuerdas, con la caja formada por una concha de galápagos cubierta de piel de cabra, (1) sentidas sonatas, mil veces repetidas ó del mismo tipo, en jugar á la ronda, que es su entretenimiento favorito,

hasta el punto de que una vez que buscaba al cabo principal, Mohamed-Ben-Hamu, lo encontré jugando en un cafetín con tres ó cuatro desarrapados, sentados todos en un esterón.

Estos cabos son elegidos entre los moros del campamento, por ellos mismos y son, por su edad y respeto, los encargados de zanjar las pequeñas diferencias que entre aquellos surgen con frecuencia, por fútiles motivos; del reparto de las raciones de pan y de cebada que facilita el gobierno y de llevar el alta y baja del personal que á diario ha de socorrerse.

Para asuntos de más entidad, hay parejas de la Guardia civil á caballo, que patrullan noche y día. Tanto estas parejas como los cabos, dependen del teniente de Infantería don Angel de Pazos, encar-

(1) Este instrumento, de sonidos dulces y agradables se pulsa con un trozo de anea, ancho y doblado,

125

---

gado del campamento y que recibe órdenes directas del Gobernador Militar.

Un tribunal de moros, á cargo del Cuerpo Jurídico, funciona con notable acierto para los asuntos litigiosos.

En dos cosas á cual más desagradables, es abundante el campamento: en perros ladradores y en chiquillos pedigüeños. Los primeros, sobre todo de noche, escandalizan en tal forma, que ponen en movimiento á todo el mundo, tan pronto como alguien se acerca y luego, con los pelos del lomo erizados, los ojos sanguinolentos y el hocico contraído enseñando dos terribles hileras de dientes blancuísimos, os persiguen en jauría, rodeándoos y acosándoos en tal forma, que descuartizarían al más pintado, si no se librase de ellos á pedradas, para lo cual abundan allí por fortuna, los proyectiles, á los que tem en tanto casi como á la muerte. Los segundos son sucios, desarrapados, mocosos y con unas fantasías (mechón de pelo que se dejan en la coronilla), tan enmarañadas, que dá horror pensar en los parásitos, no que habrá, sino que hay seguramente, entre aquella madeja de pelos largos y enredados, por entre los cuales asoman pajas, pedazos pequeños de leña, pegotes de barro y otro sin fin de porquerías.

Estos bienaventurados, el mayor de los cuales no contará ocho años, se reúnen en bandos de veinte ó más y os manosean y estrujar, empujándose para colocarse delante, alargando las mu-

L 126

—

grientas manos, en tanto que todos á coro gritan:  
¡Mulana, perra perra, misto! (¡Limosna, perras, pe-  
rras, cerillas!)

Para librarse de ellos, no hay otro medio que  
complacerlos, arrojándoles un puñado de monedas  
de cobre, bien lejos y mientras en confuso montón,  
se golpean para recogerlas, poner tierra por me-  
dio, huyendo como del demonio.

Este es, visto por encima, el campamento de  
refugiados, en el que var gastados muchos, mu-  
chísimos miles de pesetas, con las cuales podía  
haberse construido un barrio moro, que tan bene-  
ficioso hubiese sido para Melilla, pues los acampa-  
dos, normalícese ó no su situación, están decididos  
á no moverse de nuestro campo, á menos que se  
les obligue.

Con solo haberles otorgado el permiso para cons-  
truir, sujetándose por supuesto á las reglas que se  
les dictasen, tendríamos hoy ese barrio, que al fin  
y á la postre, se hará cuando sea irrecuperable lo  
muchísimo gastado, y gastando aun muchísimo  
más. (1)

Y que esto ha de suceder, lo prueba el que en-  
tre los proyectos que han de realizarse, tan pron-  
to como empiecen á regir los acuerdos de la Confe-  
(1) Estas predicciones, que hice al escribir los presen-  
tes apuntes, han tenido su confirmación, pues en la actua-  
lidad van desapareciendo las tiendas, que son sustituidas  
por casuchas de piedra y barro, mal construidas á usanza  
moruna. (Noviembre 1906).

127

—  
rencia de Algeciras, está el de la construcción de  
los barrios moro y hebreo, la del zoco (mercado),  
etcétera.

Existe otro campamento de refugiados en Meli-  
lla: el de los hebreos que huyeron de Tazza, que  
está situado al final del barrio del Polígono y  
principio del barranco de Horcas Coloradas, pero  
es poco numeroso y de escasa importancia.

Se fundó por iniciativa de EL TELEGRAMA DEL  
RIF, periódico local que con sus campañas y su-  
plementos en árabe, ha contribuido notablemente  
al engrandecimiento de Melilla y á fomentar nues-  
tra influencia en el Rif.

to do do do do do

Entierro moro

Un paseo por el valle de Benisicar.-La vuelta.

El cementerio de Sidi-Aguariach.-Cavando

la fosa.-El cortejo fúnebre.-Rezos, cánticos

y ceremonias.--Detalle conmovedor.--El se-

pelio.-De regreso.

Aquella mañana, una de las en que con más rigor se dejaba caer el sol de Julio, había yo emprendido una pequeña excursión hacia el valle de Benisicar, que como otras veces he dicho, constituye un verdadero oasis en medio de las arideces del campo que rodea á Melilla, teniendo además el encanto de descubrirse de pronto, al salir del arenoso y profundo lecho, del casi siempre seco río Oro, sin que la más leve transición nos lo haga presentir, ni la más raquílica vegetacion nos permita adivinarlo.

Y esto sucede, sea cualquiera la dirección en que á él se llegue, pues si venimos de la derecha, el profundo barranco «de las Adelfas», con sus pintorescos derrumbaderos sin la más pequeña mata y sus sinuosidades terminadas en anfiteatro, alfombradas de finísima arena y sin otras adelfas,

17

130

pese á su nombre, que una que crece enhiesta, en las grietas de un rodado peñasco, y algunas que otras, muy escasas por cierto, esparcidas aquí y allá, nos lleva como de la mano y á ciegas á darnos de bruces, en rápida revuelta, con la misma extraña del delicioso valle.

Y si de la parte izquierda llegamos, después de atravesar las tierras de labrantío, en que la raquílica cebada crece como de milagro, entre los miles de cantos y de gujarros que llenan el suelo, tropezamos con «el cerro cónico», elevación solitaria, que parece destacada adrede para ocultarnos el valle, el cual aparece de pronto, frondoso, exuberante y fresco á nuestra vista, una vez rodeada la atalaya.

Quien, como yo, lo haya contemplado á la luz de la hermosa luna de Africa, de blanco brillante y azulado, en la soledad de la noche y aspirando el perfume de la madre selva, que festonea los bardales, comprenderá el atractivo misterioso y profundamente simpático que sobre mi alma ejerce aquel pedazo, único en estos campos, en que la Naturaleza se muestra regiamente espléndida.

Por eso, siempre que puedo lo visito, bien acompañado del fiel moro Mohamed ó bien solo, pues por aquellos lugares soy ya conocido y nadie me estorba el paso.

paso. Antes por el contrario, me saludan y agasajan como á antiguo amigo y «casi médico».

Aquella mañana, como digo, me entretenía pro-

131

-

visto de mis meraias» ó gemelos de campaña, en contemplar las hermosas lejanías; en atravesar huertos sombríos, por la umbría de los árboles frutales, por entre los cuales corren rumorosas las acequias; en aspirar los perfumes de la madreSelva y el jazmín, que allí crecen silvestres en aromosos setos, y de regreso luego, siguiendo la orilla del poco caudaloso río, recreábame mirando á los pequeños morillos, que cubiertos tan solo de una camisilla no muy limpia y chapoteando con sus pies descalzos en la corriente, se disputaban entre risas y chillidos la aprehensión de los minúsculos galápagos, que huían veloces, en tanto que las moras, madres y hermanas, con sus sueltas trenzas, sus pectorales y arracadas de plata, sus vestiduras blancas y sus pañuelos de colores chillones, lavaban, volviendo la cabeza curiosamente para mirarme.

Abandoné el llano, cuando el calor empezaba á hacerse asfixiante y apretando cuanto pude el paso, seguí la vereda que por entre sembrados, ya segados entonces, conduce al camino del fuerte. conocido con el nombre de El Sidi (1) bordeando el cementerio musulmán de Sidi-Aguariach.

(1) Sidi en árabe significa señor».

Este fuerte "Provisional de Purísima Concepción., fué el verdadero origen de la llamada "guerra de Melilla, y sigue desde entonces siendo provisional, no obstante ser el más avanzado,

132

Es este cementerio una planicie pedregosa y calva, que rodea la mezquita del mismo nombre, muy próxima al fuerte citado, conocido como digo, por El Sidi, recibiendo este nombre por su aproximación á la referida mezquita, sepultura del santón que en vida se llamó Sidi-A guariach.

En el cementerio de referencia, que presenta un raro y curioso aspecto, debido á la costumbre que los moros tienen de colocar montones de piedras sobre las tumbas, con el objeto de que los perros vagabundos no las profanen, puesto que tanto aquel como estas carecen de cercas, hallan sepultura cuantos mueren en las próximas kábilas que Son muchos dada su ignorancia y falta de higiene lo que hace que el repetido cementerio se haya ido extendiendo hasta tal punto, que las últimas sepulturas tocan ya casi á nuestros límites.

Pasaba yo por este punto, cuando llamó mi atención un grupo de tres moros, dos de los cuales, fusil en bandolera, cavaban una fosa, en tanto que el tercero colocaba, no muy lejos, dos cántaros de fondo plano, muy usados entre ellos, llenos de agua.

Deseando, como deseaba, presenciar un entierro, me detuve y les pregunté, esforzando algo la voz, á que se dedicaban, á lo que me contestaron que á disponer el sepelio de un moro de los refugiados en nuestro campo.

Bastó la respuesta para hacer mi resolución, y me quedé, acercándome cuanto pude, aunque sin

133

-

pisar el cementerio, lo cual seguramente, no hubiesen consentido, por considerarlo una profanación.

A pié firme aguanté un sol de justicia hasta muy cerca de las doce, en que ví aparecer el cortejo, formado por cuatro moros, que llevaban el cadáver en un «jaïque», cogido por las puntas, siguiéndoles un nutrido acompañamiento.

Los conductores entonaban un canto fúnebre, de música exactamente igual á la que acompaña á las palabras:

Tanto reloj de oro tanta cadena...

de nuestras pequeñuelas, aunque más pausadamente y prolongando la última sílaba, de la última de las para mí incomprensibles palabras. El acompañamiento contestaba con la misma claridad y con idéntica tonada.

A las doce en punto, cuando el almuédano, encaramado en lo más alto de la mezquita (1) cantaba el medio día, depositaban el cadáver no muy lejos de la tumba recién abierta y se dispersaba el cortejo, rezando todos aquí y allá separadamente, en la forma original que ellos lo hacen; es decir, en pié unas veces, en cuclillas, de rodillas ó sentados sobre las piernas, desde esta última posición; otras, (1) La mezquita de Sidi-Aguariach, que antes tenía un pequeño minarete y cúpula, carece hoy de ellos, por haberlos destruído en la "guerra de Melilla,, los proyectiles españoles.

蟹

134

-

besando el suelo repetidas veces, elevando los brazos hasta ó sobre la cabeza... con mil y mil ceremonias, en fin.

Entre los del acompañamiento, varones todos, me llamó la atención, inspirándome lástima profunda, una mora jovencita, de unos quince años y bastante agraciada, que separándose buen trecho, lloraba calladamente sentada en el suelo, contra la costumbre de las de su raza, que lo hacen á gritos, como me lo demostraban, aparte mis informes, los

plañideros aullidos que á pesar de la distancia llegaban hasta nosotros, lanzados por las numerosas mujeres, parientas y amigas del difunto, que siguiendo los usos rifeños, habían quedado en la tienda que fué de este, acompañando á la viuda y que también, según costumbre, medían su dolor por la intensidad y grandeza de sus alaridos. Terminados los rezos individuales, fueron agrupándose alrededor del cadáver perfectamente envuelto de pies á cabeza en lienzo blanco y á una señal del que los presidía, colocáronse en una fila detrás de este, repitiendo las mismas ceremonias del rezo que hacía el presidente é imitando fielmente sus zalemas, posternaciones y ademanes, los de la fila de detrás.

Nuevas abluciones y nuevo rezo colectivo, ya muy cerca del cadáver y una vez terminadas unas y otras, mientras entre cuatro colocaban al difunto en el fondo de la sepultura, cara á Oriente, otros se dedicaban á coger grandes piedras planas y

135

-

otros á formar barro con el agua que quedaba en los cántaros.

Sobre el cadáver, colocaron las piedras planas, uniendo las juntas con el barro y echando luego tierra encima, hasta formar un pequeño montículo del mismo largo y ancho que la fosa, que era de escasa profundidad.

Terminada esta faena, colocaron piedras sobre la tumba, en igual forma que las que había sobre las otras del cementerio, que tan extraño aspecto dan á aquel lugar y siempre dirigidos por el presidente ó jefe, entonaron un nuevo y largo cántico funerario, de lúgubre cadencia.

Después dispersáronse en grupos, marchando unos al campo y otros al campamento de refugiados, en tanto que yo, sofocado y casi derretido por aquel sol blanquecino que abrasa como el fuego, me encaminaba rápidamente á mi alojamiento, muy cerca de las dos.

Melilla Julio 1906.

FIN

CCH

Unive

728 9

Madi

U.S.A

as odchopp

137

Por si se lee.

INDICE

PÁGS.

PRIMERA PARTE

MELILLA

5

1

Camino de Melilla.-Mi salida de Madrid.-In-  
formes contradictorios.-Impresiones de via-  
je.-En Málaga.-A bordo del «Ciudad de  
-Mahón».-¡En Melilla! .

Melilla.-Primera impresión.-La Plaza y ba-  
rrios exteriores.-La Marina.-El Mantelete.  
Barrios de la Alcazaba, Polígono, Carmen,  
Santiago, Buen Acuerdo y Triana.

Organización civil y militar.- Autoridad princi-  
pal.--Junta de Arbitrios.-Servicios que de  
ella dependen. -Centros de enseñanza.-Par-  
tes religiosa, jurídica y sanitaria.-La pobla-  
ción melillense.-Medios de comunicación.-  
Guarnición.--Fortificaciones.--Polígono de  
tiro..

Tipos y costumbres.- Entrada de moros.- - Su  
sistema de venta.-Los hebreos.-Los kabile-  
ños.--Cafés tiendas morunas.-

y

--La aduana

mora.-Posadas morunas.-Los coches de al-  
quiler.

--

11

23

23

31

39

Unive

728 9

Madi

U.S.A

138

PÁGS.

SEGUNDA PARTE

Costumbres morunas y viajes al interior

Los moros.-Kábilas de Guelaia. Sus costum-  
bres é indumentaria.-Su constitución física.

Métodos de curación sui géneris ».-Aspecto  
general del moro.-Sociedad y holgazanería  
extremadas.--La mujer.--Su papel en el hogar.  
Trabajos y penalidades.-Demostración ex-  
terior de su estado. .

Tres comidas moras.--Los hermanos Bu-Ayad.--

Té ilu trado».-Las mujeres.-El comedor.

Preliminares.--La comida.-Desfile de muje-  
res.-Sebo y manteca rancia.-Las manos sus-

tituyen al cubierto.-El estóm go protesta.-  
Final del banquete.-Comida de medio pe-  
lo. Un plato sui géneris.--El Hasch Mo-  
hamed. Su regalo.-Mis propósitos. --Comi-  
da en el campo.--Esta es aceptable.--Los frai-  
les. Sus rezos.- - Baile final.  
Un viaje á la Kasba de Saida.-Un acontecimien-  
to y un viaje inesperado.--A bordo del «Quet-  
zal». -Noche toledana.--Curioso desembarco.  
Port-Say. Su situación é importancia.-Ca-  
mino de la Alcazaba.-Llegada y excelente  
acogida.--Lo que es la Alcazaba de Saida.-  
El kaid de la caballería.-Visita á la forta-  
leza. Horrible espectáculo.-Atenciones mo-  
lestas. De regreso.-A Chafarinas.-¡Contra-  
bandistas!-Otra vez en Melilla. .

47

53

63

-

139

PÁGS.

75

91

Una boda en el Rif.-Preparando la excursión.--  
Hacia el campo moro.-A la luz de la luna.-  
Los preludios nupciales.-La casa de un rife-  
ño. La familia mora.-En la cocina de Fátima.-  
Mi cena moruna.-Zambra y boda.--Ex-  
trañas ceremonias.-Mi vuelta á Melilla.  
Al campamento de Muley Mohamed.-Viaje del  
teniente Barbeta al interior.-El Centro His-  
pano-Marroquí.-Sus fines y desaparición.-  
Dos de sus miembros visitan el campamento  
de Muley Mohamed.-Personajes principales  
de la corte del Pretendiente.--Opiniones acer-  
ca de la insurrección.-Su estado actual.  
II. Importancia y dificultades del viaje.--La  
partida. La primera jornada.-En el aduar.  
Paso del Muluya.-En la Zauia de Sidi-Mo-  
hatar.-Cura de enfermos y heridos.--En la  
kasba de Sidi-Melluck.-La centinela.-Par-  
tida para el campamento de Muley Mohamed. 98  
III.-Ultima etapa.--La leyenda de Beni-Busgú.  
Llegada al campamento.- Ceremonial de las  
recepciones. Como se establece el campa-  
mento. El Ferag.- Diversas clases de tien-  
das moras.-Invitación de Bu-Amama y rega-  
los de Muley Mohamed.

•

IV.-En el campamento de Muley Mohamed.--  
El zoco.-Venta de caballos.-Los hebreos.-  
Marcha de la mehalla.-Como se organiza la

columna de marcha.-Diferentes puntos de  
etapa. La Kasba de L'Aium.-Ultima visita  
107

B33401

Unive

728 S

Madi

U.S.A

-

140

-

PAGS.

á Muley Mohamed.-Obsequios y buenas dis-  
posiciones de éste.--El regreso --Un banquete. 113

El campamento de refugiados.-- La lucha de ká-  
bilas. Llegada de los vencidos.--Doloroso  
espectáculo.--Las tiendas.--Un episodio.--Des-  
agrado.-El trabajo de la mujer y de  
los hombres.-Autoridades y tribunal de mo-  
ros.-Chiquillos y perros.--El barrio moro es  
necesario. El campamento de hebreos . . 119

Entierro moro. Un paseo por el valle de Beni-  
sicar. La vuelta.-El cementerio de Sidi-  
Aguariach. Cavando la fosa.- El cortejo fú-  
nebre.-Rezos, cánticos y ceremonias.-Deta-  
lle conmovedor.-El sepelio.-De regreso..

129

89104002274

Univ

728 S

Madi

b89104002274a

U.S.A

STAP

Gro

8910400227

B89104002274